

Voces latinas en Montreal

Elena, Martha e Irma cuentan

Relatos de vida recogidos por Monique Sarfati-Arnaud

TINKUY

BOLETÍN DE INVESTIGACIÓN Y DEBATE
N° 2 – Otoño 2005

Director

Juan C. Godenzzi

Colaboradores de edición

María Mercedes Correa

Daniel Sánchez

Yo me llamo Elena Arias

*Amor, amor, amor
nació de ti, nació de mí
de la esperanza*
Gabriel Ruiz

Yo me llamo Elena Arias. Nací en San Miguel Balderas, en México. Tengo 55 años y vivo en Montreal desde el 74. Salí de mi país hace 30, 31 años. Antes de llegar aquí, trabajaba en unos laboratorios farmacéuticos, en la colonia del Valle del D.F. Allí hacían exportaciones, por eso siempre mi deseo fue ir un día a París. Con frecuencia les hablaba a mis compañeras de trabajo de mi viaje a París-Londres. Ellas me vacilaban, decían: «Será París-lombrices». Probablemente porque esas ciudades estaban muy lejos y costaba muy caro ir allá. Yo, en cambio, siempre he pensado “un día será”.

Yo venía con una visa diplomática

Un día me hablaron de Canadá como un país extraordinario donde había cosas que jamás en la vida había visto. Como soy una persona bastante curiosa y no me gusta que me vengán con cuentos sino que quiero ver las cosas con mis propios ojos, cuando salió una oferta de trabajo, me vine aquí, a Montreal.

La primera persona que me contrató era mexicana y su esposo canadiense. Vine con una visa diplomática a trabajar con ellos.

Mi trabajo consistía en ayudarle a la señora en la casa y con sus niños. Tenían tres hijos. Fue bastante duro porque la señora era muy agresiva y muy celosa con su marido. En ese tiempo yo estaba joven. Llegué a Canadá en el mes de noviembre. Un día había mucho sol, estaba la nieve y quería verla de cerca, tocarla. Entonces le pedí a mi patrona: “¿Es que puedo salir?”. Porque todavía no había salido de la casa. Ella me contestó: “Te traje aquí para trabajar, no para que pasees”. “Está bien”, dije. Pasó un tiempo. Otro día la señora me dice: “Mira, si un día volteas a ver a mi marido, soy hija de mi madre, que te pongo a media calle y a media noche”. Entonces, empecé a pensar: no hablo ningún idioma de este país, hay la nieve, a medianoche, ¿qué puedo

hacer? Sentía miedo, casi terror.

Llegó el doce de diciembre, día de la Virgen de Guadalupe, y mi patrona, que se llamaba Guadalupe, ofrecía una misa en el albergue del Oratorio St. Joseph y me invitó a asistir. Allí conocí a Nati. La chica se acercó a mí y me preguntó: “¿Tú eres mexicana?”. Y yo: “Sí, pero no puedo hablarte”. “Ah, no te preocupes”, me contestó y escribió su número de teléfono en un papelito que puso en el bolsillo de mi abrigo. Yo tenía prohibido dirigirle la palabra a quien fuera.

Lo que pasaba es que había venido con una visa diplomática porque se suponía que iba a trabajar en la casa del cónsul, amigo de esta señora. Él les había hecho un favor, pero creo que con la condición de que me vigilaran, de que no saliera, no hiciera nada.

Mis patronas se peleaban mucho. Una vez sentí mucho miedo porque ella agarró un cuchillo ancho y grande y él un martillo y empezaron a pelearse. Ella se puso detrás de mí, y él adelante. Yo pensaba que no iba a sobrevivir. Fue muy violento. No podía continuar así. Me sentía bastante... descontrolada, en realidad. En ese momento me acordé del papelito en mi bolsillo y decidí llamar a Nati en un ratito que mi patrona había salido.

Ella casi no salía de su casa, sólo lo hacía para recoger a sus niños. Le conté a Nati lo que pasaba. Ella me dijo: “Mira, en cuanto puedas, vente, apunta bien la dirección y te vienes”. “Pero es que no tengo dinero”, le contesté. Me pagaban cincuenta dólares al mes y me acuerdo que cuando hablé con Nati no tenía dinero. Así que no me atreví.

Un día la angustia me agarró muy fuerte. A veces el señor no regresaba temprano de su trabajo. Ella entonces me despertaba a medianoche y me decía: “Vente conmigo, tenemos que ir a buscarlo”. Eso me espantaba. Además, casi no dormía pensando que un día me iban a poner en

la calle o que ella podía irrumpir en mi cuarto en cualquier momento. Entonces, le dije a Nati: "Sabes, ya no puedo más". Y ella insistió: "Vente en cualquier momento que puedas". Me decidí después que Nati me dijera: "Apunta bien la dirección, toma un taxi y aquí yo lo pago".

Mi pasaporte, me lo habían recogido

El problema es que cuando llegué, la primera cosa que hicieron mis patronas fue retirarme el pasaporte. Así que tenía que recuperarlo antes de irme; me puse a buscarlo y por fin lo encontré. Tomé lo que pude de mis pertenencias y justo cuando ya me iba, llegó la señora. ¡Ay! Me agarró una angustia..., y me bajé abajo volando. Hice como que nada pasaba. A ella sólo se le habían olvidado las llaves. "Ya vengo", me dice. Y yo: "sí señora, no hay problema". En cuanto vuelve a salir, me salgo de su casa. Pero... ¡juy! Sentía que no alcanzaba. Justo pasaba un taxi, así que lo paré. Le di el papelito al taxista y me fui a la casa donde trabajaba Nati.

A ella le dije que quería ir a la inmigración en seguida, que no quería estar ilegal para nada. Cuando llegué a la inmigración, les expliqué mi caso. Que no podía continuar trabajando para la persona con quien lo estaba haciendo. Que tenía una visa diplomática. Nunca mencioné su nombre. Sólo dije que no me entendía nada, nada, con ella. Que quería que me dieran la oportunidad de ganar lo necesario para mi boleto de regreso a mi país. Prometieron ocuparse de mi caso. Luego vino una persona que hablaba español y me dijo: "Mire, no se puede hacer nada cuando hay una visa diplomática, no podemos interferir en el cuerpo diplomático. Pero, en este caso, le vamos a dar una oportunidad para que regrese a su país y, si usted quiere volver, ya será diferente". Insistí para que mi regreso no estuviera a cargo del gobierno de mi país. Quería que me dieran la oportunidad de ganar lo que necesitaba para regresar. "Sí, justo tenemos una oferta de trabajo de una persona que habla un poco español", me dijeron, viendo que insistía mucho en pagarme mi boleto. Y me extendieron un pequeño permiso.

A los cuatro días de estar con mi nueva patrona, me llama el de la inmigración y dice: "Se ha presentado una señora Guadalupe y dice que usted no tiene derecho de quedarse un segundo más aquí, que se va a encargar de expulsarla.

También afirma que nunca más va a poder salir de su país, a ninguna parte; ella se va a encargar de impedirselo".

Esas son cosas que no puedo soportar, son más fuertes que yo. En verdad, yo no tenía la intención de regresar a Canadá. Pero después de lo que escuché, pensé: "No, ella no es nadie para impedírmelo. Regresaré a mi país y luego veremos qué pasa".

Junté el dinero necesario para comprar mi boleto, y como soy una persona que si digo tal día, tal día va a ser, mismo si no tengo ganas, porque me gusta ser cumplida, fui otra vez a inmigración y les dije: "Ahora me regreso". Regresé antes de que terminara el permiso otorgado. Pero antes de irme, le pregunté a mi patrona: "¿Usted está contenta conmigo?" y ella me contestó: "¡Ay! Sí, no quiero que te vayas". Entonces, le dije: "¿Por qué no me envía un contrato de trabajo a México y así me regreso?". Y así fue. Cuando llegué a México, a los pocos días me llamaron y me dijeron que podía ir a recoger el contrato de trabajo para regresar a Canadá. Fui a recogerlo y quince días más tarde volví a Canadá con un permiso de trabajo. Tuve ganas de ir a la casa de la señora Guadalupe para decirle: "Ve, estoy legal y pude salir nuevamente de mi país". Pero no lo hice. Me sentía muy bien. Me parecía que había atravesado algo muy difícil.

En ese nuevo trabajo me encargué de una niña que tenía muchos problemas para comer. Cada vez que iba a comer quería vomitar, yo le cantaba para distraerla. Le cantaba: "Y volver, volver, volver", y ella tragaba la comida sin darse cuenta. Todos los días, lo mismo. La sacaba a pasear. El papá y la mamá trabajaban en su tienda. Tenían una joyería. Casi nunca estaban en su casa. A veces, los domingos, me llevaba conmigo a la niña; a veces, no; a veces, sí. También tenían un niño que se quedaba muy solito en la casa. La vida de ellos era comercio y juego. Venían de Marruecos, los dos. Judíos de Marruecos. Yo veía que los niños no eran su prioridad. Se la pasaban entre el comercio y el juego. Cuando ella regresaba de la tienda se ponía a preparar la comida y yo la ayudaba. Me quedé con ellos un año, hasta que conocí a otra familia.

Con Nati nos hicimos muy amigas. Nos veíamos el sábado por la tarde o el domingo, en mis momentos libres.

Mis patrones hablaban español y me trataban bien. Me sentía bastante responsable con la niña. Yo la quería mucho y ella a mí también. Pero, después, a través de Nati, conocí a otra familia. Ella me convenció de que me fuera a esa casa. La verdad es que me sentía triste al ver que esos niños no recibían el amor de sus padres. Sólo recibían el mío porque sus papás no tenían tiempo.

Como yo salí muy joven de mi casa, me afectaba un poco eso. Además, quería vivir con una familia que correspondiera más a mis expectativas. Pero sentía el peso de la responsabilidad y no me parecía justo dejarlos.

Por otra parte, conocía a una chica de El Salvador que tenía el mismo problema que yo había tenido; o sea, había entrado a Canadá con visa diplomática y necesitaba cambiarse de trabajo. Estaba con una persona que le pagaba muy poco y ella tenía una niña que mantener y no le alcanzaba. Contratar a alguien con una niña chiquita era casi imposible. Y resultaba más difícil todavía porque había venido con una visa diplomática. Entonces le hablé de la posibilidad de pasarse donde yo trabajaba y de trasladarme a la casa de la familia que me había hablado Nati. Le prometí que hablaría con mi patrona y haría lo necesario para convencerla. Le expliqué a mi patrona que mi amiga era la persona ideal para cuidar a sus hijos porque era madre y además necesitaba trabajar. Al principio se negó, decía que Margarita -así se llamaba- hablaba mucho, demasiado y que era lo opuesto de mí. Yo insistí en que sus hijos iban a estar bien con Margarita. Y la convencí. Le hizo un contrato de trabajo. La ayudó a salir de su mala situación, igual como lo había hecho conmigo.

Hoy me doy cuenta de que cuando vine a Canadá, en el año 1974, no tenía la mínima idea de lo que era el país. No sabía que venía a una provincia donde se hablaba francés, ni que había otras provincias donde sólo se hablaba inglés. No, nunca pensé que había dos idiomas en el mismo país. Fue una gran suerte conocer otro país y otra cultura, muy diferente a la mía.

Yo fui a arreglar mis papeles con el acta de nacimiento de una prima

Cuando decidí venirme, le avisé a mi papá que me venía a Canadá. Y él me dijo, muy enojado:

“No, tú no te vas a ninguna parte. ¿Cómo piensas que vas a ir a una parte que ni siquiera conoces, ni sabes? Lo que tú vas a hacer es que te vas a casar y no me lo quieres decir”. Luego, añadió: “Tú no te puedes ir a ninguna parte porque no tienes ningún papel. Yo no puedo darte ningún papel porque tú no los tienes”. Mi problema era ése. Entonces fui a arreglar mis papeles con el acta de nacimiento de una prima que había muerto. Porque mi papá nunca quiso darme nada. En el juzgado, no encontraron nada, así es que de esa manera saqué mis papeles para venirme a Canadá. Fue difícil, pero ahora estoy muy contenta de ver que pasé a través de muchas emociones y conocí otra cosa. Porque cuando yo era pequeña, me decía mi padre: “Sabes, te voy a hacer una casa en «La Calavera»”. “Allí te voy a hacer una casa grande y tendrás muchos animales para ocuparte”. Yo pensaba: “No, yo no quiero vivir eso. Yo quiero vivir otra cosa. No quiero quedarme en el pueblo. Quiero salirme de mi pueblo, irme a un lugar donde conozca a más gente, donde conozca el arte, la música, otra cultura, otras gentes, diferentes”. Así que la idea de mi papá no me llamó la atención, nunca.

Cuando me fui a la capital tenía doce años

Cuando me fui a la capital tenía doce años. Hacía tiempo que me quería ir. Conocía a unas personas que hacían comercio de mi pueblo a la capital, porque no es lejos, y les pedía: “Búsqüenme un trabajo allá”. Y ellos me decían: “¿Crees que vamos a tener esa responsabilidad de buscarte un trabajo? Tú eres menor de edad. Vamos a terminar en la cárcel”. Finalmente, una señora, de ver que al morir mi madre me quedaba con puros hombres, porque sólo tenía hermanos, se apiadó de mí. Entonces la señora me prometió que me iba a buscar un trabajo. Y efectivamente, un día me dijo: “Te encontré un trabajo. El viernes nos vamos”. Luego, añadió: “Para que no te vean conmigo, yo te espero en Toluca. Tú te tomas la camioneta y yo te espero en Toluca, en la terminal”. Junté un poquito de dinero para el pasaje y me fui. Me fui con ella.

Ella me había encontrado un trabajo de recamarera en una casa particular. Ése fue mi primer trabajo en la capital. Era una familia de mucho dinero y yo sólo me ocupaba de los cuartos. Tenían un hijo de veinte años. Yo iba para los trece. Un día, el joven mozo que también trabajaba allí, me dice: “Elena, Johnny te está

echando ojos". "¿Cómo es eso?" –le digo– "¿cómo es eso?". "Ten mucho cuidado. Nunca, nunca estés en el cuarto, a solas con él. No permitas nunca que pase algo. Cualquier cosa, gritame".

Un día el hijo de los patrones me encontró haciendo su cama y cerró la puerta del cuarto. "Hace tiempo que esperaba este momento", me dijo y empezó a corretearme por el cuarto. César, el mozo, se dio cuenta de que algo pasaba y fue a tocarle la puerta: "Joven, joven –le dijo– le está llamando su mamá y necesita urgentemente que vaya". Aproveché para salir, o sea él abrió la puerta y me salí asustadísima. Me fui de esa casa. No quise estar más allí.

Pude encontrar otro trabajo en el hospital México, que está cerca de Reforma. Allí empecé como ayudante de enfermera. La enfermera del cuarto piso tenía a cargo cuarenta personas, veinte mujeres y veinte hombres. Eran dos salas grandes donde de un lado estaban las mujeres y de otro los hombres. Yo le ayudaba a hacer las camas, a hacer curaciones, a hacerles masajes a los pacientes.

Los hombres eran unos jóvenes que habían tenido accidentes de trabajo y que estaban cubiertos por el ISSSTE (Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado).

Las mujeres eran más bien todas de edad. Recuerdo que en un cuarto había dos viejitas, de unos ochenta años. Habían sido maestras. Un día me dice una de ellas, que se llamaba Catita: "Elena, Elena, ven, dame un vaso de agua, por favor". Y le digo: "¿Y la enfermera?". Y me contesta: "Es que no me quiere dar". Entonces, fui y le acerqué el vaso de agua pero vi que no podía tomar. Saqué de mi bolsa un dinero y fui a comprarle una manzanita, que es un refresco. Le puse popote y le dije: "Chupe, así nomás". Así hizo y casi se terminó la manzanita. Mientras bebía yo le sujetaba la cabeza para que no se ahogara. Al terminar la manzanita, me dice: "¡Ay, Elena! Te vas a ir al cielo". Y le digo yo vacilándola: "Y con todo y zapato". ¡Y se muere entre mis brazos! ¡Yo no sabía qué hacer! No sabía qué hacer. Si acostarla o dejarla. No sabía. Me quedé paralizada. En realidad, se estaba muriendo de sed y esto le faltaba para morir. Así que la viejita que estaba al lado, empieza a gritar: "¡Ay! Catita se murió, Catita se murió". "No, no,

no, no se ha muerto –le digo– sólo se durmió y van a venir por ella a cambiarla". Pero efectivamente estaba agonizando. En seguida fui a decírselo a la enfermera. "Sí, ya estaba la pobre que no iba a pasar de este día", y me tranquilizó. "Pero me hubiera dicho que estaba realmente para morir, no me hubiera metido en este cuarto", le dije yo. Y ella: "No podía decírtelo. Eres muy joven".

En este hospital viví cosas muy lindas y a la vez muy tristes. Creo que fue lo que me ayudó a sobrevivir en la vida. Aprendí muchas cosas.

Mira, aquí está la ventana, si quieres, tírate por allí

En la sala de los hombres, de los que estaban enfermos, llegaba en las mañanas y les abría las cortinas: "Levántense, que ahora está el sol muy bonito", les decía.

Lo más fuerte que me tocó vivir allí fue cuando me dijo la enfermera: "Elena, ve a dar de desayunar al número 32", en el tercer piso. Eso no sucedió en el cuarto piso, donde yo trabajaba. Me preparó la charola y repitió: "Ve a darle el desayuno al 32". Yo le dije: "¿Por qué no vas tú?", y ella: "Porque estoy muy ocupada". Me fui a darle el desayuno al número 32. Al asomarme al cuarto, fue tal la sorpresa, como un golpe, un choque violento: el enfermo, que tendría unos dieciséis años, tenía una bola enorme que le tapaba la cara, era un tremendo tumor. Y él era pálido, pálido como si hubiera visto la muerte, no sé. Me miró y me dijo: "¿Y qué haces tú aquí?". "Te traigo el desayuno, pues". "Yo no pedí desayuno". "Pero tienes que comer". "¿Quién te dijo que quiero comer?". Le acerqué la charola, pero las manos, las piernas, me temblaban. Sentía... ¡No sabía ni qué sentía! Cuando le presenté la charola, él levantó el pie y con el dedo del pie le mete a la gelatina y dice: "No quiero". Y yo: "Bueno, si no quieres, no comas, te la dejo". "Mira –me dice– aquí está este tenedor, quiero que me lo metas en el estómago, así puedes terminar conmigo y me harás un gran favor". Y yo: "Mira, aquí está la ventana, si quieres, tírate, no voy a hacer lo que tú me dices. Yo estoy para ayudar a sobrevivir a la gente, no para matarla". No sabía cómo salirme lo más rápido posible, pero sentía que no podía caminar. En eso, él me dice: "Ábreme las cortinas". Yo no quería darle la espalda. Sentía que me agarraría por detrás, no

sé. Una cosa muy, muy, muy fuerte. Entonces le abrí las cortinas y le dije: "Ya vengo" y me fui. Me fui al pasillo. Me senté un rato para recuperar toda esa emoción o miedo. No sé qué pasó después, pero eso es lo más fuerte que viví en ese hospital.

En ese hospital venían mujeres a dar a luz. Como era muy joven, no podía darme cuenta qué cosas pasaban allí. Pero cuando llegaba a trabajar por la mañana, veía que salían muchas jovencitas. Un día le pregunto a una enfermera: "¿Qué hacen estas jóvenes aquí tan temprano? ¿Estarán enfermas?" Ella me contestó: "Sí, hay enfermas a cualquier hora del día". Y yo insistía: "Pero, ¿qué pasa? Dime la verdad". Entonces, me dice: "Es que tú eres muy joven para saber".

Allí conocí a un joven doctor que venía de Morelia a hacer su stage y él me dijo: "Elena, necesitas abrir los ojos. Eres muy joven, pero pasan tantas cosas... Abre los ojos. Eres muy inocente". Él me leía libros de cosas que pasaban, así es que aproveché para hacerle la misma pregunta que a la enfermera: "Oiga, doctor, ¿qué hacen esas señoritas que salen todos los días en la mañana cuando yo vengo a trabajar?". Y él me contestó: "Ellas son personas de dinero, y pues, vienen a hacer un aborto". Y yo: "¿Y por qué?". Y él: "Porque no pueden guardar el bebé". Yo me preguntaba cómo podía ser que hubiera personas así.

El doctor me explicó muchas cosas y con él fui aprendiendo muchas cosas de la vida. Y mismo él me aprendió a cuidarme de la gente, mismo de las compañeras de trabajo, porque había una que me decía: "Vamos a tal parte, mira que la pasas bien y puedes ganar mejor". Entonces, él me decía: "No, no, no, de ninguna manera. Nunca, nunca, nunca vayas a salir con esta persona. Con la enfermera fulana, no vayas a salir porque allí sí que perdiste". Le doy gracias a Dios de haberme puesto a cierta gente en mi camino, gente que me guió, que me protegió.

En ese hospital me quedé como cuatro o cinco años, lo suficiente para observar muchas cosas. Por ejemplo, cuando nacía una niña, el equipo le daba casi el pésame a los padres, diciéndoles que la próxima vez tendrían más suerte. Mientras que cuando nacía un niño los felicitaban. Yo me preguntaba por qué lo hacían. ¿Qué diferencia había entre el hombre y la mujer? Solían decir

que la mujer siempre es para trabajar y el hombre para hacer dinero, progresar más. Así descubrí que la mujer no tenía el mínimo valor en esa sociedad.

Desde ese tiempo, traté de ver cómo podría desenvolverme sin la ayuda de los hombres.

Dejé ese trabajo por otro, que era de un club deportivo de sociedad, y que yo llamaba de «sociedad», porque allí se encontraban todas las mujeres de los abogados de cerca del presidente. Yo escuchaba sus comentarios, la manera como desvalorizaban a sus empleadas y eso me indignaba. Para mí esa fue otra manera de conocer a la gente. Aprendí mucho. Creo que fue lo que más me ayudó en la vida. Aprendí que había gente capaz de humillar a las personas que trabajaban para ellos. ¡Como si no fueran personas!. Trabajé como tres, cuatro años en ese club. Después me entré a trabajar en los laboratorios farmacéuticos.

Por cierto, cada vez que cambiaba de trabajo ganaba y aprendía más. Aprendía cosas diferentes. En los laboratorios, me ocupaba de empacar medicamentos, de colocarlos en las cajas y etiquetarlos. Y, bueno, allí conocí a la persona que me hizo venir a Canadá, que fue una de las experiencias más grandes de mi vida, lo que me ha hecho crecer como persona, como ser humano, cumplir lo que había pensado cuando tenía como cinco o seis años.

¡Ay! ¿Cómo voy a hacer con esa ratita?

Cuando conocí a la familia con la cual trabajé durante casi diez años, fue otra experiencia importante. Fueron emociones muy grandes, muy fuertes, que nunca olvidaré.

Era una familia que tenía mucho amor. Me llenaba mucho. Tenía mucho amor por sus hijos. Yo compartía ese amor con ellos y sentía que eran mis hijos porque eran tan pequeñitos. Muchas veces me preguntaba cómo es posible que esté con estos niños tan pequeñitos.

Cuando llegué a esa casa el niño tenía quince meses y la niña... ¡ni siquiera dos semanas! Hasta me entró pánico cuando la mamá me puso en mis manos a la niña: "¡Ay! ¿Cómo voy a hacer con esa ratita?", pensé. "Se me va a resbalar cuando la bañe". Me sentía así, como perdida.

Era algo nuevo para mí. Pero rápido fue pasando el tiempo y creciendo la niña.

Recuerdo los inviernos tan fuertes que había en ese tiempo, cuando llevaba a los niños a la guardería. Fueron momentos tan intensos que no se me olvidarán. Cada vez que pasaba por Greene Avenue con los dos, eran los vientos tan grandes que nos volaban. Yo pensaba: "No voy a trabajar más aquí. Voy a entregar estos niños, y no, no trabajo más, esto es muy fuerte, demasiado fuerte para mí". Cuando llegaba a la casa, la sonrisa de la niña y la inocencia del niño me hacían olvidar todo, todo, todo. Así pasaron los días.

El niño tenía problemas de salud

El niño tenía problemas de salud. No sabíamos como vestirlo: si lo vestíamos mucho, se enfermaba, si lo vestíamos poquito, se enfermaba. Cada semana, cada semana, estaba enfermo. Yo decía: "¡Dios mío! ¿Por qué, por qué no le da salud completa al niño?". Y siempre trataba de que estos niños estuvieran juntos, jugaran juntos, se vieran los dos.

Cuando el niño tenía cuatro años lo operaron. Yo dormía abajo, en el *sous-sol*. Días después de la operación, bajó a verme y me dice: "Vine a verte Elena". Lo vi tan delgadito, tan delgadito, que me levanté en seguida y al rato me fui a la iglesia y le digo a Dios: "Dios mío, dale la salud a este niño porque se me parte el alma al verlo".

Ese día había una oración grande, hicimos la oración y le prometí a Dios llevarlo a la iglesia si le daba la salud. Estaba tan frágil que no pensaba que iba a sobrevivir. Ese día le dije a Dios: "Si Tú lo alivias, te lo voy a traer".

Pero no sabía cómo iba a pedírselo a sus papás, que me lo prestaran porque yo había hecho una promesa. Mi más grande sorpresa fue un domingo, cuando me dicen sus papás: "Elena, ¿podrías quedarte con los niños un rato? Tenemos que salir". Y yo les dije: "Es que yo tengo que ir a misa". "No importa, te los llevas, te los llevas". Ese día, dije: "Gracias Dios mío, éste es el momento que estaba esperando". Y los llevé a la iglesia, a los dos. Le dije al Señor: "Dios mío, gracias. Él viene a darte las gracias también, está aquí conmigo". Fue... fue una cosa muy linda. Me sentía satisfecha de saber que estaba

resucitando.

Lo que menos debe perder es la esperanza

Otro problema que tenía el niño, cuando lo encontré, era su pie. Lo tenía torcido. Los papás decían que si no lo operaban nunca iba a ponerse normal. Entonces ya tenía unos quince meses. Yo les decía: "Su niño va a caminar y va a tener los pies derechos sin necesidad de que lo operen. Le voy a hacer masajes y verán".

Yo veía que los papás no confiaban. Les leía la angustia y la incredulidad en su mirada y me sentía desvalorizada. Así que pensé: "No, pues, voy a demostrarles que hay cosas que se pueden hacer". Para mí era como un reto hacerle sus masajes dos veces por día. Cuando los papás se iban de la casa, me quedaba sola con los niños. Empecé a darle sus masajes, por la mañana, media hora y por la tarde, media hora. Él estaba tan cansado que a veces se dormía mientras le hacía el masaje.

Poco a poco, iba estirando su piecito, estirando, estirando. Un día, cuando estaba sentado entre almohadas porque no podía sentarse solo, le dije a su mamá: "Su niño va a caminar luego". "No – me dice– yo no tengo mucha esperanza de verlo caminar pronto". Y le dije: "Lo que menos debe perder es la esperanza. Lo vamos a hacer caminar, se lo digo yo, que tengo fe".

Así pasó el tiempo. Yo continuaba con los masajes de los pies, día, día, día, día, hasta que noté que podía controlarse mejor. Me acuerdo que llevaba zapatitos ortopédicos, parecía que los tenía puestos al revés, y eso le dificultaba más el caminar. Su mamá, como no tenía tiempo en el día, en las noches, cuando él se despertaba, jugaba con él. Entonces yo pensaba: "Si ella continúa jugando con él las noches y no lo deja descansar, no se puede trabajar." Al otro día no estaba listo para los masajes. Un día, algo enojada le dije: "Usted quiere matar a su hijo, ¿verdad?". Y ella me contestó: "¿Cómo te pones a creer que yo voy a querer eso para mi hijo?". "Pues, si se desvela cada noche, yo no puedo trabajar con él en el día". "Es que es mi hijo. ¡No tengo tiempo de estar con él de día!". "Sí, pero este niño tiene que hacer una progresión constante, constante, constante". Y, bueno, no le gustó mucho. En ese momento decidí hacer un trato con los papás y les dije: "Quiero que me lo

dejen un mes sin estar cerca de él para poderlo ayudar, a... caminar". Finalmente aceptaron el trato. "Bueno, vamos a confiar en ti. Haz lo que creas conveniente", me dijeron. Y empezamos el tratamiento; o sea, más bien dicho, empecé el tratamiento mucho más fuerte, y le dije a su mamá: "Un día de estos, su hijo le va a dar una sorpresa". Pasaron meses.

Cada día le obligaba a hacer más ejercicios, siempre más fuertes, ejercicios que había aprendido en el hospital en México. No tenía estudios teóricos, pero había asimilado la práctica y la aplicaba con el niño. Un día que llegaban de trabajar, les digo: "El niño les quiere enseñar algo. Siéntense aquí". Estábamos todos en el salón cuando el niño se levanta, con cierta dificultad, y se va tambaleando hacia sus padres. ¡Qué alegría! Ellos lloraban, reían, no sabían qué hacer con la emoción al verlo caminar.

Yo compartía su emoción, era como si hubiera ganado un trofeo. Dios me había dado la fuerza y la paciencia, o la inteligencia, de ayudar a este niño que quiero mucho.

Cuando hay fe se pueden hacer muchas cosas

Cuando hay fe se pueden hacer muchas cosas...Y así pasó el tiempo. Después, empezamos a trabajar con las manos. Yo le hacía todos los días ejercicios con las manos para que pudiera vestirse solo, abrocharse sus pantalones, que era lo que más le costaba. Bueno, así pasó el tiempo, trabajando. Llegó un momento en que logró tener un poco más de fuerza en sus dedos y pudo abrocharse los pantalones, ponerse su camisa, con dificultad, pero, ya lo estaba haciendo.

Luego me tuve que ir a México, como un año o un poquito más, y mi mayor decepción fue cuando regresé. Al irme lo había dejado sin pañal y al regresar lo encontré con pañal y de nuevo con la dificultad para abrocharse los pantalones y las camisas. Me dio mucho coraje con la mamá, pero no le dije gran cosa. Dije bueno, vamos a recomenzar. Entonces fue más fácil porque él ya sabía; solamente que había perdido la costumbre.

Luego me atacó a la comunicación. Cuando llegaba de su trabajo, sentía un gran orgullo al decirle a la mamá: "El niño me habló, tuvimos una pequeña conversación, me pidió esto, lo otro".

Ella me miraba incrédula y me decía con cierta ironía: "¿En qué idioma hablaron?". Apenas conocía yo algunas palabras en francés y, según ella, el niño no hablaba. Si con ellos el niño no hablaba, ¿cómo iba a hacerlo conmigo? Ésas fueron otras frustraciones para mí, pero no quería insistirles demasiado.

A veces, la mamá quería acompañarnos al parque y yo siempre decía en mi cabeza "que no venga, que no venga, que no venga con nosotros". No porque no quería que viniera sino porque no dejaba que su hijo hiciera sus ejercicios. En una ocasión, me preguntó: "¿Por qué no quieres que vaya?". Y le contesté: "Es que usted le impide progresar por el miedo a que se caiga". Una vez nos acompañó, prometiendo que no iba a molestar, que iba a leer en un banco. Yo la observaba. Llevaba su libro y estaba sentada, leyendo, según ella. Pero, apenas el niño empezaba a treparse en un árbol, ella gritaba y lo iba a bajar. Yo le decía: "Déjelo, por favor, tiene que recuperar la confianza en sí, tiene que subir, mismo si se va a caer, no es tan alto. Total que en el parque ella no pudo leer su libro de sólo estar mirando lo que hacían sus hijos y yo me desesperé porque habíamos perdido nuestro tiempo. Luché para que los papás creyeran en su hijo y para que él hiciera progresos. Por fin, con más fuerza en sus manos, llegó a vestirse solo y se recuperó.

Yo sabía que un día él iba a valerse por sí mismo

Hubo momentos muy, muy difíciles, sobre todo con el niño. Era muy difícil para mí. Tenía que repetir muchas cosas, constantemente, para que él tuviera una progresión cada día, más y más y más. A veces, me sentía triste al ver lo cansado que estaba. Pero sabía que un día iba a valerse por sí mismo y eso me animaba a ayudarlo a hacer sus ejercicios, aprender a vestirse, pues tenía que forzar mucho sus manos porque no tenía fuerzas. Ahora que lo veo grande, fuerte, siento que mis esfuerzos, todo lo que se pudo hacer cuando era pequeño, no fue inútil. Nunca hemos dejado de vernos, siempre hemos estado en contacto. Eso es muy importante tanto para mí como para ellos. Ahora es un joven independiente que trabaja, escribe, lee, y pasa mucho tiempo en internet con su computadora. Yo digo que es bastante, bastante inteligente: puede tener una conversación con uno. Me da mucha alegría

saber que no tiene que depender de nadie. Se va al trabajo solo, se viene, va a donde quiere. Los papás están al tanto de lo que hace por la comunicación que tienen. Lo veo como un éxito, como el fruto de mucha esperanza y fe en la vida.

A veces me sentía nostálgica, ponía música romántica

A mí, siempre, desde pequeña, me gustó escuchar toda clase de instrumentos, dependiendo de cómo me sentía. Cuando me sentía nostálgica ponía música romántica. Era la que le aprendía al niño. Le aprendía a cantar las canciones de Eydie Gourme. A la niña le aprendía a conocer la música de baile, la música más viva. Había una forma para cada uno. Yo sentía que el niño necesitaba música tranquila que le ayudara a concentrarse mejor, mientras que la niña tenía que sacar del interior mucho más, su punto alegre, tenía que moverse, cantar, bailar. Fue agradable ver a los dos en diferentes maneras.

La música de los Bee Gees fue una locura en mi vida. Una locura que nunca volví a sentir y a la niña le hice compartir esa fiebre. Fue muy especial porque la viví con ella y, lo más bonito, es que me respondía. Ella hacía lo mismo. Vivía intensamente ese momento. Bailaba, se reía, cantaba, tomaba un micrófono de madera y empezaba a cantar y a bailar. El niño y yo éramos su público. Era la cosa más, más linda.

Lo que yo deseaba era siempre divertirme con ellos

Cuando había tristeza siempre acudía a la música. Al niño los instrumentos de cuerda le llamaban mucho la atención. Él los iba identificando. Recuerdo cuando lo ponía a hacer, según yo, sus tareas. Consistían en hacer como arañas con la mano para que pudiera tener más fuerzas, que pudiera sostener bien el lápiz para que pudiera llegar a escribir. Siempre le ponía música de fondo. Como no tenía fuerzas en los huesos, en los músculos, veía cómo hacer para que se valiera por sí mismo. Con la niña era diferente. Me iluminaba en ese momento el ver la diferencia entre ellos. Yo le quería dar a la niña la alegría que no podía tener con su hermanito y a él la posibilidad de defenderse para que pudiera estar su mamá más tranquila. Ése era siempre mi pensamiento. No era tan fácil, pero tampoco era demasiado difícil. Yo también deseaba divertirme

con ellos, en diferentes maneras.

El niño fue desarrollándose cada vez más. La niña entendiendo mejor la situación. Pude ver cómo evolucionaban, poco a poco, hasta el momento en que yo tenía que apartarme, porque pensaba que era el momento que sus papás tendrían que ocuparse completamente de la situación.

La música, empecé a descubrirla muy pequeña

La música empecé a descubrirla muy pequeña. Los hermanos de mi mamá eran hombres muy guapos y las chicas del pueblo les daban "mañanitas". A mi tío Salomón, el más popular, le llevaban las mañanitas cada año, con guitarra y todo. La música me alegraba mucho. En el pueblo había unos señores que tocaban la música para la fiesta: había dos guitarras, dos platillos, un tambor y una trompeta.

Para las fiestas del pueblo, sea la fiesta nacional del 16 de septiembre o la del pueblo el 29 de septiembre, ellos tocaban su música; se llamaba la "música del viento". Me gustaba el sonido de cada uno de esos instrumentos.

Para la fiesta del patrón del pueblo, que se llama Santiago Ototitlan, a la salida de la misa, las mujeres del pueblo vendían huevos de todos los colores. Y cuando la gente salía de la misa compraba los huevos y se los aplastaban en todas partes. Eran rellenos de confetis, de polvo de oro, de polvo de plata y entonces todos se veían con las cabezas blancas, amarillas, de todos los colores. Mismo hasta los sacerdotes, cuando sentían, ya les habían aplastado un huevo. Era la cosa más alegre que se veía; eso y la música.

Todo lo que se refiere a la música siempre me ha fascinado.

Yo iba a tener mi propio hijo

Cuando la niña que cuidaba tenía cuatro años y el niño como cinco, casi seis años, yo quedé embarazada. Iba a tener mi propio hijo. Esa decisión la tomé porque quería mucho a los dos y

me identificaba mucho con la niña. Tal vez porque no había tenido hermanita, yo era la única mujer en mi familia.

Un domingo, le dije a su mamá: “¿Me puede prestar a su niña?”. Ella me contestó: “No, no te la puedo dejar porque son los únicos días que estoy con ella”. Eso me dio mucha pena y pensé: “Está bien. Un día tendré mi hijo. Nadie me lo quitará y a nadie le pediré más que me preste el suyo”. Y bueno, sucedió que yo iba a tener mi hijo.

En el momento que supe que iba a tener un hijo, no sabía cómo anunciarlo a mis patronos porque en ese tiempo no tenía la residencia. Pero nunca me pregunté cómo iba a hacer crecer este niño, si ellos no aceptaban la noticia y yo me tenía que regresar a mi país. Lo único que pensé es que iba a tener algo mío. Nada más. Y llegó el momento en que tuve que anunciarles que iba a tener un hijo. Ellos pensaron que los estaba vacilando. No podían creer porque nunca me habían visto con un muchacho, ni les había hablado de un novio. Luego me felicitaron y compartieron mi alegría. Fue la cosa más grande para mí. ¡Esperar un hijo!

A los tres meses de embarazo tuve que ir a la inmigración para ser residente. El señor me llevó en carro a Nueva York para arreglar mis papeles. En el mismo día volvimos a Canadá y ya tenía mi residencia. Eso me llenaba de fuerzas.

Los niños ya estaban grandecitos. Sabía que no eran míos, que pertenecían a sus papás, lo que me dolía mucho, pero ya me hacía a la idea de que iba a tener mi hijo.

Después de que naciera mi hijo decidí irme de la casa y alquilar mi propio apartamento. A la niña la afectó mucho que nos fuéramos. Pero tenía que hacerlo, tenía que continuar la vida de otra manera. Esa responsabilidad ya no me correspondía. Tenía que corresponder a los papás. Lo que viví con ellos fue extraordinario. Hasta la fecha, los siento mi familia. A los hijos los veo como si hubieran sido mis hijos.

La niña fue mi profesora de francés

Al principio yo quería aprender el inglés. Tomé un curso pero era muy complicado. Cuando llegaba a la casa, después de la clase, hablaban francés o español. Entonces, me confundía con el inglés y el francés. Logré captar el inglés mucho más

tarde. Me entraba más el francés porque era lo que más escuchaba. Cuando me decía la niña: “Nena, léeme, léeme un libro”, yo le decía: “Pero, es que no sé leer el francés”. “No importa, no importa, yo te corrijo”, me decía ella. Entonces, tenía tres años. Siempre estaba sentada y quería que yo estuviera a su lado, leyéndole un libro. Bueno, yo le hacía la lectura como podía. Ella me corregía todo el tiempo. Así que, en realidad, el francés lo aprendí más a través de la lectura, que de la escritura o de la expresión. La niña fue mi profesora de francés.

Cuando intentaba hablar francés con la señora, me corregía dándome muchas explicaciones que no entendía o no me interesaban. Eso no me gustaba. No me gustaba porque sentía un tono fuerte, un tono... más fuerte que mi fuerza. Mientras que la niña no me imponía nada, sólo me decía, me corregía, pero no lo sentía de la misma manera.

Siempre me ha costado aceptar cualquier forma de imposición, por eso me fui de mi pueblo. Cuando alguien me quiere imponer es como si se me apagara la fuerza que tengo adentro. Y he podido observar que lo que intentaba aprender bajo esa presión nunca se me grababa. Pero con la niña sí aprendí el francés, y, gracias a ella, lo hablo bastante bien pero lo leo mejor. De esa manera aprendí el francés. En cuanto al inglés, como no lo practico y casi no lo escucho, tengo que esforzarme.

Desde que estoy en Canadá he aprendido tanto que no me puedo arrepentir de haber hecho lo que he hecho. Creo que lo mejor fue no pensar antes de hacer. Si lo hubiera pensado seguro que no lo hubiera hecho.

Hace poco vino Ángeles, mi prima, y me preguntó: “Elena, es que tú, algún día, te pusiste a pensar qué era lo que significaba tener un hijo?”. Yo le dije: “No. ¿Y qué significa para ti?”. Y ella: “La responsabilidad de la salud, de que si lo puedes mantener, de que si no puedes trabajar, si te enfermas, qué va a ser de este niño”. “¡Uy! Si lo hubiera pensado, creo que no lo hubiera tenido”, le dije, riéndome. Es verdad. Pensando en todas las responsabilidades que existen, no es fácil atreverse a hacer las cosas. Pero como lo único que pensé, fue que yo quería algo mío, para mí, tal vez, egoístamente. No me puse a pensar cómo lo voy a hacer, cómo voy a

organizarme. Pienso que de otra manera no lo hubiera podido hacer. De la misma forma, me dijo un día uno de los frailes de mi trabajo, cuando mi hijo tenía once años: "Elena, se te viene la vida dura. La vida se te viene dura". Yo no entendía por qué me decía eso. Y me decía: "La adolescencia es siempre difícil". Yo no lo entendía porque todavía no lo había vivido. Todas las cosas difíciles, si las hubiera pensado antes, nunca las hubiera hecho. No hubiera pasado nada de lo que he vivido, me hubiera quedado en mi pueblo.

A mí me gustan mucho los desafíos de la vida.

Antes de irme a Canadá tenía mi novio. Tenía mi novio y nos íbamos a casar. Él me iba a esperar. Pero cuando regresé de Canadá, después de dos años, él ya tenía otra novia. Después supe que nunca se había casado. Así que es soltero. Está allá, en su casa. Y yo aquí con mi hijo.

Era un chico que llamaba equivocadamente

El padre de mi hijo es griego. Lo conocí por teléfono, de pura casualidad. Un día recibí una llamada, era un chico que llamaba, equivocadamente. Al oír mi acento me dice: "¡Eh! ¡Tú hablas español!". Y le digo: "Sí, hablo español. ¿Y tú?". "No, yo hablo griego. Soy *greco*. Y tú, ¿de qué parte eres?". "Yo soy mexicana". "¡Ah! O.K. Bueno, mucho gusto de haberte conocido por teléfono. Si quieres te hablo mañana". "Sí", le dije. Y así pasó un mes.

Me hablaba todos los días. Y, finalmente, decidimos que nos conoceríamos. El día que nos encontramos, era como si ya lo hubiera visto muchas veces. Y él sintió lo mismo. No fue sorprendente para mí, ni para él. Y así, salíamos. Estuvimos saliendo durante dos años. En esos dos años, pues, nunca había habido una relación íntima. Cuando decidimos tenerla, sólo nos encontramos dos veces y ya no hubo más nada. Terminó allí todo. Él regresaba a su país y quería que fuera con él.

Entonces me puse a pensar –porque ya sabía que estaba embarazada– me puse a pensar: "Un nuevo país. Si tuve bastantes dificultades en éste, donde apenas empiezo a adaptarme, cómo será en otro donde no conozco nada de la cultura y además con un niño". Eso, para mí, era mucho más sagrado; no quería que mi hijo sufriera. Entonces, le dije: "Yo me quedo aquí. Conozco a

mucha gente y sé que no va a sufrir mi hijo. Por más que pasen cosas, podré contar con mis amigos." Fue la razón por la cual no me fui con él. Él se fue y ya no quise tener ningún contacto.

Cuando supo que estaba embarazada reaccionó bien, sólo que me dijo que no se quería quedar en Canadá. Decía que si me iba con él, no haría nada y que su mamá se encargaría del niño. Por eso no quise seguir el contacto, no quería que se llevara falsas ilusiones. Cuando nació mi bebé, quiso saber si era hembra o varón. Entonces me mandó un cheque bastante importante. La cultura de los griegos no es muy distinta a la de los latinoamericanos... Su cheque se lo devolví. Sabía que si lo aceptaba, podría reclamar la paternidad.

...fui a traer ceniza de la chimenea para ponérsela en el ombligo

Mi hijo nació en el hospital St. Mary en Montreal. A los tres días ya estábamos en casa de mis patronos. Mi hijo heredó la cuna de los niños. Un día en que lo acababa de bañar se le cayó el pedazo de ombligo que le sobraba. Fui a traer ceniza de la chimenea para ponérsela en el ombligo de manera que no se le abriera. Guardé el pedazo de ombligo. Según la tradición de mi pueblo, se entierra el ombligo en alguna parte para que se establezca el ser humano. En el pueblo, se suele enterrar en algún lugar de la casa para que la persona tenga una estabilidad allí. Es la tradición.

El de mi hijo creo que lo enterré en el jardín de la casa de los niños que cuidaba, hace casi veinticinco años. Mi mamá me contó que lo había hecho con el ombligo de mis hermanos. Quizás por eso nunca salieron del pueblo. ¡Tal vez no lo hizo conmigo!

...un desconocido se quería llevar a mi hijo

Un día que iba en el autobús con la criatura que tenía como tres meses, se levanta un señor que estaba atrás de mí y me dice: "¡Qué bonito está su niño! ¿Me lo puede prestar un poquito?". Yo se lo di, así, sin pensar. Y el hombre ya se quería bajar del autobús con mi niño. Tuve que gritarle al chófer que cerrara la puerta porque un desconocido se lo quería llevar. Después supe que la idea era del padre de mi hijo. Se lo quería llevar. Decidí no tener más contacto con él. Tal vez fue egoísmo de mi parte. Pero si un día mi hijo quiere conocerlo, le ayudaré.

Un abogado me aconsejó no ponerle el apellido del padre porque si el niño va a Grecia con su padre, el gobierno griego, cuando son varones, los requiere para soldados y no los deja regresar a Canadá.

Cuando mi familia se enteró de que tenía un hijo reaccionó muy mal. Fue muy duro para mí porque no lo aceptaron. No aceptaron el hecho de que yo había llegado al pueblo con un bebé sin el padre. Fue tan duro que sólo la mitad de un día estuve en el pueblo. Me regresé a la capital. Unas amigas me invitaron a ir con ellas a Guadalajara y a Acapulco para superar ese momento, que fue bastante, bastante, duro y difícil superar.

Ese día tomó conciencia de que era su nieto

Con los años la situación mejoró. Mi papá cambió una vez que mi hermano Armando murió. Yo no pude ir cuando murió mi hermano porque estaba juntando para mi viaje. No tenía lo suficiente. Me faltaban quince días para irme cuando me mandaron una carta diciéndome que él había muerto y que lo habían enterrado. Entonces llegué más tarde. Mi padre estaba enfermo. Cuando llegué, me dice: "Yo pensé que tú también te habías muerto porque no habías venido en el momento que tu hermano se enterró". Le digo: "No, aquí estoy".

En ese tiempo, mi hijo tenía tres años. Un día tuve que acompañar a mi padre al doctor. El niño estaba con nosotros. Recuerdo que íbamos a cruzar una calle de Tenango y que mi padre iba delante cuando viene un carro y casi lo atropella. En ese instante, mi hijo lo jaló de la mano y le dijo: "Abuelito, tienes que mirar para arriba y para abajo para que no venga ningún carro y te machuque. ¡Fíjate bien!". Mi papá lo miró y se le salieron las lágrimas. Yo nunca había visto llorar a mi padre.

Creo que ese día mi papá tomó conciencia de que era su nieto y que era parte de su sangre. No tenía por qué rechazarlo. A partir de ese momento empezó a llamarlo. Pero tengo la impresión de que no sabía cómo hacerlo. Normalmente, los nietos venían a él. Pero mi hijo no iba a él porque tampoco él sabía cómo hacerlo. Se veían como desconocidos. Ahí me da cuenta que el contacto es muy importante. La

relación que se tiene es de cada día. Eso es importante para hacer crecer un amor, un cariño.

Mi hijo es un producto híbrido

Mi hijo es un producto híbrido, es una mezcla grecolatina y vive el biculturalismo todos los días. Él no tiene una identificación como tal. Pienso que la mayoría de las personas nacidas aquí tienen el mismo problema, porque en la casa es una educación y en la escuela, otra. El conflicto que se da aquí en las escuelas es porque no tienen una identificación con su nacionalidad.

Es muy importante la raíz del país de uno para que el niño se sitúe y sienta que pertenece a ese lugar, porque si no lo hay, se siente como desplazado, no sabe para dónde ir. ¿Para allá? ¿Para acá? No sabe. Y ahora, con tanta cultura que hay, es difícil identificarse. Personalmente, siento que los niños así están como en el aire. En esas condiciones, hacerse un espacio en la sociedad es mucho más difícil.

Mi hijo se siente más a gusto en francés que en español. Yo le hablo en español, pero él me responde en francés. El español lo habla muy bien porque lo estudió y todo. Igual habla el inglés. Pero se identifica más con el francés. Es como su lengua porque sus primeras palabras fueron en francés. La niña que cuidé se ocupaba de él casi todo el tiempo, él era como su juguete. Ella le enseñó a hablar y también le mostró todas las cosas que había en su casa. Lo llevaba a caminar por la casa y le decía: "Mira, ésto es así y si lo tocas se puede romper", le iba explicando así, con detalles, lo que había en la casa. Conoció tanto la casa, lo que había dentro, que cuando caminó no tuvo ninguna tentación de tocar los objetos.

Era un niño bien listo. Yo lo llevaba a dejar a los niños cuando iban a la guardería y después cuando entraron a la escuela primaria. Y cuando íbamos a buscarlos para comer, él iba aprendiendo muchas cosas con ellos.

Así fue creciendo hasta casi los tres años, cuando nos separamos de la familia. A él le afectó muchísimo. Debe haberse sentido como abandonado por la familia completa y fue creciendo con eso. Luego, cuando lo dejé en México, fue otro abandono. Por eso en su adolescencia tuvo muchas dificultades, muchas dificultades.

La música mexicana nunca le ha llamado la atención. Pienso que la encuentra demasiado romántica. Él no es muy romántico; escuchaba el Rap y el Reggae. Probablemente era su manera de mostrarme su personalidad y a la vez era como un desahogo. Quizás también porque estaba a la moda esa música. Ahora ya está cambiando un poco, escucha un poco latino, pero siento que le gusta mucho más el estilo dominicano o la música caribeña.

Los textos que escribió, porque ya no escribe, los redactó en los tres idiomas: inglés, francés y español. Una vez escribió en los tres. En algunas ocasiones, le he dicho que escribe poesía pero nunca lo aceptó: "No –decía–, son canciones". Y bueno, acepto que para mí no sea lo mismo. Pero mismo en mi pueblo cuando se daba una poesía, había música de fondo; por eso pienso que asimilé al rap como la poesía que vivía en mi pueblo. Sus textos son entre violencia y reconciliación.

La gente nunca ha visto a mi hijo como latino. Lo toman por un iraní, un italiano, pero nunca por un latinoamericano. Cuando dice: "Soy latino", le dicen: "No, tú no eres latino". Siempre lo han asimilado a otra nacionalidad. Por eso le es un poco difícil situarse.

Él se siente *québécois* por nacionalidad, pero por su fisonomía no entra con los quebequenses. Tiene muchos amigos quebequenses, en ese sentido no tiene problemas, pero pienso que aquí cuesta identificarse.

Con mi abuelito yo viví cosas muy lindas

Con mi abuelito materno tuve una relación muy bella. Mis abuelitos tenían, una, dos casas, en un lugar que se llama Santiago Oxtotilpan. Se encuentra rumbo de Ixtapan de la Sal. Después de Tenango, está Tenancingo, está Villa Guerrero, y después hay dos caminos, uno va a Ixtapan de la Sal y el otro a Sacango, o sea Ixtapan Sacango.

Cuando se va por Sacango hay que pasar por Santiago. Allí es donde mis abuelitos tenían su terreno. La temperatura es cálida, es muy agradable, no tiene nada que ver con el frío que hace en Balderas. Se puede hacer la cosecha dos veces al año, lo que llaman "riego", y la

cosecha normal.

Mis abuelitos tenían un terreno inmensamente grande donde había aguacates, duraznos, chirimoyas, peras, capulines, chayotes, naranjas. Mi abuelito me llevaba con él cuando iba a cosechar los aguacates; me llevaba, siempre. Me ponía un baberito y me decía: "Espérate". Luego me tiraba el aguacate en el babero y yo me lo zampaba.

A veces me daba un aguacatazo sobre la cabeza y yo, enojada, tiraba los aguacates y me iba a comer los duraznos como por venganza. Regresaba al pueblo con diarrea por la cantidad de duraznos que me había comido. ¡Me gustaban tanto! Con mi abuelito viví cosas muy lindas! Me sentía muy querida por él.

A veces, íbamos a caballo. De Balderas pasábamos a San José, a San Bartolo, a Santa María y a otros pueblitos para llegar a Santiago, todo a caballo.

En el mes de noviembre, que era la temporada de la bendición de los animales, mi abuelo iba a hacer los rosarios. Su compadre tenía cantidad de vacas. Como mi abuelo era el padrino de este evento, él preparaba los collares o rosarios. Consistía en poner alrededor de la cuerda del collar de cada vaca un pan cuadrado pintado como de muerto, pero no era de muerto, una guayaba y una flor de sempasuche. Yo iba con él al monte. Él siempre me llevaba. Nos íbamos y allí me hacía tomar la leche de la vaca, apachurrando la chichi. Me echaba la leche en la boca. Y yo la tomaba. Nos íbamos en el caballo. Una vez me caí. Él ni se dio cuenta. Cuando ve el caballo solo, se voltea y me grita: "¿Qué te pasó? ¡Ay! ¿Eres ya tan grande que ya no te puedes agachar?". Y me subió de nuevo al caballo y nos fuimos. Pasé muy bonitos momentos con mi abuelito. Esos fueron los momentos más bonitos de mi infancia. También me enseñó a ver los animales, de lejos, sin miedo. Donde mi abuelito tenía el terreno había alacranes, pero nunca, nunca, me picaron.

Tenía un mazacuate, que es una serpiente con dos cabezas

Una vez pasamos por un lugar que se llama San José, donde mi abuelito tenía un compadre. Ese compadre tenía un mazacuate, que es una

serpiente con dos cabezas. Cuando vi al animal me espanté y me quedé muda hasta que se fue. El compadre de mi abuelito decía que era su nagual. Decía que le cuidaba las milpas porque se mantenía en el árbol durante la época de la cosecha. El animal llegó a la casa del compadre para que le diera de comer. Allí mismo se enroscó hasta quedar bien enroscado y el señor le dio de comer. Cuando yo lo vi, no podía hablar, no podía hablar. Creo que tenía unos cuatro años, algo así. Me quedé así, paralizada. Y luego se fue. Es el animal que más me impactó. Viendo mi reacción, mi abuelito dijo: "Compadre, ¿pero cómo te atreves a traer a este animalito aquí?". Él le contestó: "Es mi guardián, es el que cuida mis milpas. Cuando va alguien a robármelas, él sólo le chifla. Y como la gente conoce el silbido del animal, entonces, corre y se va".

Y ¡paf! Allí mismo le da un balazo

Cerca de mi abuelito viví cosas muy fuertes para una niña. Recuerdo que a él le gustaba mucho, mucho tener amistad. Un día, en su casa estaban jugando a la baraja tres amigos suyos y él estaba mirando, igual que yo y mi abuelita, estábamos allí, mirando nomás. Había una mesa en el patio de la casa y allí jugaban los amigos de mi abuelito a este juego que le decían póquer. Iban a terminar e irse porque mi abuelita les dice: "No quiero más juegos aquí". Pero, justo antes de irse, uno empieza a decir que no estaba de acuerdo con la jugada que se hizo y el otro le contesta: "Pues lo siento, pero fue así". Se levanta el que no estaba de acuerdo y le dice: "No me lo vas a hacer así", y saca la pistola, y ¡paf! Allí mismo le da un balazo. Yo me quedé paralizada, no sabiendo qué era lo que estaba pasando. Después, mi abuelita, mi abuelito, vieron cómo al señor herido le salía la sangre por el estómago.

Fueron a avisar a los familiares y después a buscar a la persona que mató. Pero él se había ido; sí, se había ido. Al pobre herido se lo llevaron al hospital a que lo curaran. Pero murió más tarde.

De niña pensaba qué fácil es que la gente le quite la vida a otra gente. Se me hacía normal que en la vida del ser humano no hubiera sentido de vivir

o de morir. Vives o mueres, es igual.

Mi relación con mi abuelita fue muy diferente

Mi relación con mi abuelita fue muy diferente. Ella era muy, muy difícil, muy dura, muy estricta. No sé cuál sería la palabra correcta para nombrarla, porque ella me aprendió a hacer cosas con humillaciones, con golpes.

Una vez me amarró de las trenzas. Yo tenía el pelo hasta la cola, casi hasta las rodillas, muy largo. Me hacía trenzas. Me gustaba hacerme trenzas y me ponía listones cuando era pequeña.

Cuando recién murió mi madre, salgo a la calle, y me dice mi abuelita: "¿Qué estás haciendo aquí? ¡Tú no tienes por qué estar aquí!". Y me llevó a su casa. Su casa tenía corredores y columnas. Me amarró de mis trenzas en la columna, todo el día. En la tarde me corté el pelo para que no me pudiera amarrar más. Me dolió mucho. Pienso que su manera de portarse conmigo, en lugar de ayudarme, me hizo bastante rebelde. A veces me pregunto si era tan mala porque tenía problemas de salud.

Cuando vivía mi madre me mandaba siempre a ver a mi abuelita, a dejarle un bocadito de comida, de la que había preparado. En una ocasión, yo tendría como cinco, seis años, le llevé la comida porque no era lejos, sólo había un callejón de diferencia. Cuando llegué a su casa, mi abuelita estaba haciendo tortillas y la veo que empieza a dejar caer la tortilla y empieza a temblar y se cae en el comal. Era un ataque de epilepsia. Como yo no sabía qué hacer, me fui corriendo: "Mamá, mamá, a mi abuelita le pasó algo". Viene mi madre corriendo y ve que se había quemado toda la cara. Estaba inconsciente. Entonces la levantó y la curó y después la llevaron al hospital, a Tenango.

En otra ocasión, mi madre me vuelve a mandar a dejar comida a mi abuelita. Mis abuelos tenían una pequeña tienda. Era en la tarde, ya había cerrado la tienda. "Abuelita, ¿dónde está?", le pregunto y ella: "Aquí estoy". En eso, llego cerca de ella y vuelvo a ver el mismo síntoma, se cae enfrente de mí. Con la experiencia anterior voy rapidísimo a traer a mi mamá, creo que volé. Mi mamá vino corriendo. Esta vez mi abuelita se había abierto el labio.

Cuando murió mi mamá, yo tenía diez años y

medio

Cuando murió mi mamá yo tenía diez años y medio. Con mi mamá tenía un contacto muy, muy, agradable. Siento y creo que mi madre nunca me ha dejado. Ha estado siempre conmigo, todo el tiempo, en los momentos más difíciles de mi vida. Nunca he dejado de sentir su presencia. Nos llevábamos muy bien. Ella me decía: "Mira, ¿te gusta esto?" o "mira, vamos a hacer esto". Hacía mi ropa, y siempre me decía: "Vamos a comprar la tela que a ti te gusta y te voy a hacer un vestido". Éramos como dos amigas. Así la recuerdo.

Mientras que con mi padre nunca hubo comunicación. Él era una persona que no hablaba mucho. Si observaba las cosas no hacía ningún comentario. A mí eso me dolía. Viví con mi abuelito lo que no pude vivir con mi padre. Me identifiqué mucho con mi abuelito, porque él se ocupó mucho de mí. Y mi papá, pues, no. Quizás porque era mujer, pues con los hombres era diferente. Tenía más atenciones con mis hermanos. Por eso ellos pensaban igual que mi papá.

Tuve dos hermanos: Jacinto y Armando; más un tercero, Fausto, que era hermano de crianza. Era el hijo de la hermana de mi papá. Ella se había casado pero su marido no quería hijos. A los quince días de haber nacido su hijo, el padre lo quiso matar. Vivíamos en el mismo pueblo y mamá tomó el bebito para que viviera con nosotros. Mi tía pasaba a verlo, pero al padre se lo tenían prohibido.

Luego mi tía se fue a vivir con otro señor. Mi hermano no le quería perdonar el haberse ido. Después de mucho tiempo se reconciliaron. Pero él vivió con ese rencor adentro. Una vez la tuvieron que operar y lo llamaron para que le diera su sangre. Nadie más que él podía coincidir con su sangre. Y él fue a dársela. Allí fue la reconciliación de los dos. Después se veían, pero siempre guardó ese resentimiento adentro.

A veces me pongo a pensar en la suerte de las personas, en su destino y me duele mucho la vida que tuvo. Ése hermano nunca salió del pueblo. Nunca salió de la casa porque quiso mucho a mis padres. Les tenía agradecimiento. Cuando creció fue la mano derecha de mi papá, el que más trabajaba. Mis hermanos también trabajaban y

había otras personas que trabajaban para mi padre. Pero él siempre estaba en el primer momento de todo, de todo, todo.

Mi hermano mayor tiene siete hijos. A él le gusta tomar y le dio más por tomar cuando murió Armando, o sea el segundo. Cuando éste murió, le dio más por tomar; casi no se ocupaba de sus hijos.

Cualquier cosa que había que hacer, era el hermano de crianza que respondía, todo el tiempo. El otro venía tomado y le decía: "Tú no eres nadie para estar viendo a mis hijos". Ni se daba cuenta que él, por el vicio, no podía ocuparse de sus hijos. Después Fausto se casó y se apartó de la casa porque no podía seguir viviendo con la misma familia. Tenía que construir su propia familia.

Como es una persona trabajadora, fue subiendo de posición, teniendo sus cosas, su camioneta, su casa. A mi hermano mayor le dieron celos. Lo maltrataba más.

Un día Fausto se fue a Tenango a arreglar el carro que tenía, que era un carro grande. Era en un lugar un poco retirado del centro de Tenango, como a la orilla. Entonces dijo que tenía que irse al centro para comer mientras arreglaban su carro. Fácilmente pudo pedir que le dieran un *ride* al centro. Subió en una camioneta donde iban dos chicos. Lo hicieron subir atrás. Él tenía el dinero para pagar lo del carro y otro poco para comer. Al llegar al centro, les dijo mi hermano que lo bajaran, que se pararan un minuto. En vez de eso, aceleraron más, más y más y más. Se fueron rapidísimo. Él pensó que lo llevaban y que a lo mejor lo mataban para quitarle el dinero. Entonces se dejó caer de la camioneta. Dice que rodó. Se desfiguró la cara, se le colgaban los labios, se le caía la boca. Cuando lo recogieron, era irreconocible. Lo curaron y le hicieron una cirugía fantástica, que no se mira ahora. Yo no supe nada de lo que había pasado. Y sin embargo, con él es que siempre me he llevado mejor. Me dolió tanto.

En un pueblo, cuando una persona tiene dinero, tiene derecho a matar

Antes de esto, cuando él era soltero, un día dice que no tenía hambre y se fue a sentar frente a una casa donde había un molino y donde también

vendían alcohol. Un señor de Putla, un lugar cercano al pueblo, salía tomado. Era una persona de dinero. Y en un pueblo cuando una persona tiene dinero tiene derecho a matar a cualquiera o maltratar a cualquiera. En el momento que este señor salía, Fausto estaba con un amigo, sentados enfrente. Fausto le dijo al amigo: "Hoy estoy muy cansado". Y el otro: "¿Por qué?". "¡Ay! –dice Fausto– porque este pendejo caballo me tiró los bultos". Justo en ese momento salía el señor, y gritó: "¿Quién es pendejo? Tal por cual", y le tiró un balazo a Fausto. Lo hirió en el estómago y casi lo mató. Lo llevaron al hospital. Por eso digo que hay gente que no tiene suerte en la vida.

Tampoco tuvo suerte con sus hijos. Tuvieron cuatro hijos y los cuatro murieron al nacer. Uno por falta de atención y los otros no estoy muy bien enterada. Para colmar ese dolor, acabaron adoptando un niño. Supieron de una chica en la capital que estaba embarazada y que no quería guardar el bebé. Hicieron los trámites como si la esposa estuviera otra vez embarazada. Pagaron al médico por todo el proceso del embarazo y para que cuando naciera el niño fuera de ellos. Y así fue pero, a los quince días, el niño tuvo una crisis de epilepsia. Es un niño muy delicado, está constantemente con medicamentos.

A pesar de su mala suerte, Fausto no es una persona que se deja; al contrario, él lucha por la vida. Por eso le tengo una gran admiración y un gran amor. Porque a pesar de todas las circunstancias que en un pueblo se viven, tiene su fuerza. Hoy en día, su hijo está grandecito, no tiene ataques de epilepsia pero está en tratamiento siempre. En la escuela les dijeron que iba a tener un retraso en el desarrollo, por ese mismo problema.

Hoy día Fausto tiene su casa, tiene su camioneta, tiene un tractor. En el pueblo, tener un tractor, no es cualquiera que lo tiene, porque es caro, el tractor es caro. Así que, a pesar de todos los contratiempos que ha tenido mi hermano, ha salido bien.

Mis abuelitos no aceptaron esa boda

Con mi hermano, el mayor, es un poco difícil, mismo sus hijos no pueden comunicarse con él. Quise entender por qué era así. Mi mamá me contaba que cuando él nació, cada semana había que llevarlo al médico en el hospital. Cada

semana. Y ella tenía quince o catorce años, algo así. Y mi padre, igual.

Los papás de mi mamá tenían dinero, mientras los de mi papá no tenían. Por eso los papás de mi mamá no estuvieron de acuerdo cuando se casó. Mis abuelitos no aceptaron esa boda. Cuando se casaron mis padres no tenían nada, tuvieron que luchar para la comida, para tener dónde vivir. Me contó mi mamá que su primera noche de casados la pasaron sobre un petate.

Mi mamá era bonita. Tenía sus ojos verdes, su color rosado, blanca, blanca con su color rosado. Tenía el pelo color del elote. Tiraba más del lado de mi abuelita que de mi abuelito, porque él era moreno, como yo.

Ellos lucharon mucho para que sus hijos pudieran vivir mejor. Les gustaba mucho el negocio y a mi mamá, las ventas. Mi mamá llegó a tener tienda y camisería. Mi papá le traía las reses o lo que iba a vender.

Luego les tocó que su hijo mayor, Jacinto, enfermaba cada semana, cada semana. Empezó a mejorar cuando tuvo cinco años. Por eso pienso que lo sobreprotegieron y no le dieron tiempo para que se comunicara con los demás. Él nunca fue fuerte. Aparentó serlo, pero, en el fondo, no. Para consolarlo de sus enfermedades, le decían: "Tú eres el dueño de esto. Tú eres el dueño de esto". Creció con esa mentalidad que era el dueño, a veces hasta de la vida de los demás. No era capaz de matar, pero sí era capaz de hacer daño.

Cuando él se casó, no quiso que mi papá supiera. Mi padre se enteró casi en el último tiempo. Tuvo que acompañarlo, pero si no, no hubiera ido mi papá. El día de su boda, al final, justo cuando los músicos tocaban la última pieza, pues allá se suele alquilar un grupo de músicos para hacer la fiesta, una bala perdida vino y le atravesó las dos piernas a mi hermano. ¿A quién se le acusaba haber tirado el balazo? Pues a nadie, a nadie.

Felizmente fue entre cuero y carne, porque si le toca el hueso, no estuviera caminando. Un día, después del accidente, estaba acostado en la cama, cuando llegan dos policías con un rifle apuntándole y le dicen: "¿Quién es el que te hirió o por qué peleaste?". Yo estaba allí y vi cómo se puso pálido y no pudo responder. Entonces le

bajé el arma a uno de ellos y le dije: “¿Cómo es posible que usted le apunte a un enfermo? Usted no tiene nada que hacer aquí. Averigüe por afuera quién le dio el balazo. Es su misión de usted. Usted no tiene nada que ver con el enfermo porque él es el que está herido”. Ellos insistieron: “Es que debe de tener un arma”. Y yo: “Aquí no hay ningún arma. Salgan, por favor, afuera”. Y los saqué. Ahí vi cómo él estaba temblando de miedo. Por primera vez me di cuenta de que no era valiente. Él parecía fuerte y eso lo protegía, parecer fuerte, pero en realidad no era fuerte. Es lo que ahora pienso. En ese tiempo, no pensaba ni cómo ni por qué era, solamente pensaba que era la persona más mala y difícil de mi familia. Pero, conociendo hoy la vida, pienso que depende de las circunstancias en que se ha crecido y que eso lo lleva de alguna manera a protegerse.

En otra ocasión pude observar cuán frágil era, fue en el momento en que mi hermano menor, o sea el del medio, murió. Cuando llegué, después del entierro, conversamos acerca de muchísimas cosas que él nunca había sido capaz de comunicar. Entonces me dice: “¡Ay! Sabes, yo estaba consolando a la suegra de mi hermano cuando ella participó en hacer que mi hermano muriera. Y me dije: ‘¿Qué tonto soy! ¿Cómo yo estoy participando con esta señora? Sí, ella tiene que ver con la muerte de mi hermano’”. Ahí me di cuenta nuevamente que mi hermano era un ser sensible, frágil, que sólo aparentaba fuerza. Como él no fue capaz de sacar a la señora, decidió irse.

El jugo de manzana se parece mucho al aceite

Cuando yo era más pequeña, él era muy maldoso, hacía maldades no sólo a mí, sino también a mi hermano, el segundo. Por ejemplo, cuando yo tenía como siete años, mi mamá siempre nos daba una copita de manzana, de licor de manzana, sobre todo cuando teníamos dolor de estómago. El jugo de la manzana se parece mucho al aceite. Un día viene mi hermano y me dice: “Mira, Elena, sé que no te duele el estómago pero te voy a dar algo para que no te duela nunca más”. Entonces toma un vasito, –los vasitos eran chiquititos– de licor de manzana. Yo, feliz de que me regalara él algo, me acerco para tomarlo. Él me dice: “Pero, tómatalo de un solo, así, rapidito, rapidito”. Bueno, me lo tomé. ¡Ay! Cuando me doy cuenta que era aceite y no licor

de manzana. Él estaba muerto de la risa y me dice: “¡Verdad que ahora te vas a purgar!”. Sentí un gran enojo. Me había humillado. Y él contento con su maldad.

Mi mamá nunca supo que él me había hecho esa broma pesada. No se lo dije. Quizás porque pensaba que, de todas maneras, ella le hubiera perdonado porque era el consentido de mis padres. Eran muy jóvenes cuando tuvieron a mi hermano. Luego nacieron los otros hijos. Mi mamá tenía a una persona que le ayudaba en la comida, a lavar la ropa y ocuparse de la casa. Ella se ocupaba de su tienda, de su camisería. Le gustaba que yo participara en sus cosas. Nunca, nunca que yo recuerde, vi enojada a mi mamá.

En el pueblo había una iglesia

En el pueblo había una iglesia. Las mujeres siempre se ocuparon de limpiarla y de vestir lo santos. Lo hacían por turno, cada una en diferente sección. Cuando le tocaba a mi madre, me decía: “Quédate aquí, ya vengo”. La iglesia no estaba lejos de la casa. Y era como si me dijera: “Ven detrás de mí”. Llegaba a la iglesia y cuando veía que yo estaba detrás, decía: “Bueno. Ya viniste. Pues, vamos a hacer las cosas”.

Le ayudaba yo a vestir a los santos. Además, a ella le encantaba hacer alfombras de flores y me decía: “Pon esta flor aquí, pon esta flor allá”. Para mí era muy divertido. Quizás por eso siempre he asociado la iglesia a una cosa de arte, una cosa de cultura. Mi madre me transmitió ese gusto por el adorno. Me sentía muy cercana a ella, sentía alegría cuando la acompañaba. También se encargaba de prender las velas adentro y afuera porque en ese tiempo no había luz. Se usaban velas por distintos motivos.

Un día le pregunté a mi mamá: “¿Qué significan las velas, para usted?”. Y ella me contestó: “Es la luz. Siempre que tú quieras, que te sientas triste, prende una vela y te vas a identificar a través de eso”. Sus palabras se quedaron muy grabadas en mi mente y, hasta la fecha, siempre que tengo algún problema, o siento una tristeza, o cualquier otra dificultad, es lo que hago: prender una velita para que me dé la luz que me hace falta. Y siempre me hace recordar a mi mamá.

Te lo entrego. Llévatelo si tienes que llevártelo. Si me lo dejas, alíviame lo

Mi hermano Armando, cuando tenía como ocho años, tuvo un problema de los pulmones. Todo el tiempo sangraba de la nariz. Un día vi a mi madre super preocupada porque no se estancaba la sangre y de repente mi hermano empezó a sangrar más fuerte y luego no sólo por la nariz sino por la boca y ya no podía respirar. Sentía que se ahogaba, que el aire no le entraba más y se le salían las lágrimas. Entonces mi mamá lo toma y lo lleva frente a una imagen del Sagrado Corazón. Se hincaron los dos y mi madre le dice: "Te lo entrego. Llévatelo si tienes que llevártelo. Si me lo dejas, alíviamelo". Luego mi madre le inclinó la cabeza hacia atrás y le puso vendas de vinagre con agua en la frente y lo tuvo así unos minutos: De repente se le estancó la sangre y entonces le dice: "Si tú me lo dejas yo haré el novenario y lo vestiré de tu vestuario".

Y así fue. Mi mamá lo vistió del Sagrado Corazón e hizo la novena del Sagrado Corazón. Nunca más vi a mi hermano sangrar. En mi pueblo siempre hacían las novenas de los santos, todo el año.

Recuerdo que mi madre llegó ya en la caja

Mi madre no murió en su pueblo, murió en un lugar que se llama Tlanisco. Cuando empezó a enfermarse, mi abuelito decidió llevarla a todas las partes donde pensaba que la podrían curar. La llevó a la capital, a varios pueblos, y nunca, nunca encontraron lo que tenía. Empezó con vómitos por las mañanas, todos los días, todos los días. Las piernas y los pies se le hinchaban mucho. Y así pasaban los años. Mi abuelo se desesperaba porque, aunque la llevara a todas partes, no hubo solución.

Él no quería saber nada de curanderos. Cuando mi tía Josefina era joven, unas personas de otro pueblo le habían propuesto ser un médium, decían que ella tenía facultades para eso. Pero mi abuelo les había dicho: "Váyanse al diablo, mi hija no sirve para esas cosas. Mi hija va a hacer su vida normal. Punto".

Cuando supo que mi mamá no tenía curación, entonces mi abuelo, desesperado, aceptó llevarla a Tlanisco, donde había un médium. Son curanderos de pueblo y hacen brujería. El señor que la atendió en cuanto la vio dijo: "Es muy tarde que me la han traído. Su hija no saldrá viva, se morirá aquí. Vamos a tratar de curarla, pero no

hay nada que hacer". Le hicieron la curación, no sé cuánto tiempo se quedó allí, no, no recuerdo. Pero sí recuerdo que mi madre llegó ya en la caja. A mí me hubiera gustado volver a verla. Pero bueno, así sucedieron las cosas.

Mi tía Josefina se había envenenado

Mi tía Josefina se casó de diecisiete años pero no le fue bien con su marido. Al principio, no quería volver con mis abuelitos, no quería verse derrotada. Mi abuelita le había dicho: "Ése no es un hombre para ti". Pero ellos se querían y eso es lo que contaba en ese momento. Se casaron y en un momento dado, yo no sé lo que pasó, pero mi tía regresó a la casa de mis abuelitos.

En ese tiempo, mi mamá estaba en el hospital en Tenango con mi abuelita, que había sido operada de la vesícula, y conmigo. Para hacer cualquier cosa de comida se usaba mucho el carbón y mi mamá le estaba haciendo un atole de maíz a mi abuelita. Como yo veía a mi mamá soplando el fuego, quise yo también hacer lo mismo, soplar el fuego. En ese momento vino mi tío Joaquín, el hermano de mi papá, y tocó la olla del atole. Casi se había terminado el carbón y se volteó la olla, y se me vació en la cabeza. Fue un gran dolor. En seguida se me cayó el pelo. El líquido ardiente me corrió por el lado izquierdo de la oreja y en el cuello. Yo tenía como tres años apenas.

Siempre fui un juguete para todos y nunca pensaron en el peligro de estar cerca del fuego. Querían protegerme tanto que en realidad me hacían daño. Lo único que recuerdo es que no dejaba de llorar. Como estábamos en un hospital me atendieron en seguida. Eso me salvó. Me pusieron cosas por todos los lados pero aún tengo las cicatrices.

Mi pobre mamá, asustadísima, ni podía decirle a la suya lo que había pasado porque estaba recién operada. Mi mamá, con su hija que se había quemado, llegamos al pueblo. Mi tía Josefina acababa de envenenarse. Para mi madre eso fue muy fuerte. Era todavía muy joven para recibir tantas cosas juntas. Se supo después que su marido le había dejado una carta y esa carta la llevó al suicidio.

Mi abuelito era particularmente orgulloso de tener a mi mamá, y me decía: "Yo te quiero mucho, muchísimo, tu madre es la mejor hija que tengo, la más madura".

Mis abuelitos tuvieron cuatro hijos: mi mamá, Elvira, mi tío Salomón, mi tía Josefina y mi tío Beto.

Entonces yo empecé a lavar la ropa de ellos

Fue tan rápido la muerte de mi mamá que tuvimos que resolver muchas cosas en la casa de mi papá. Un mes más tarde, yo estaba frente a una inmensa casa con cuatro hombres a quienes había que lavarles, plancharles la ropa y hacerles de comer. Yo sentía que no iba a tener la fuerza para hacer todo eso. Pero las personas que habían trabajado en la casa, cuando mi madre vivía, decían: "No, no trabajo más ahí, porque son puros hombres". Como mi papá estaba joven probablemente tendrían miedo de alguna otra cosa.

Entonces empecé a lavarles la ropa. En ese tiempo se usaba mucho el jean para los pantalones, era una tela durísima. Tenía que lavarlos. Y mi abuelita sólo me decía: "Bien lavaditos. Que sean bien limpios. Hay que ponerlos al sol". Nunca me decía: "Mira, así se hace esto, así se hace el otro. Te voy a enseñar cómo se hacen las cosas". No, sólo me decía: "Bien lavadito, bien planchadito y bien remendadito. Tu casa bien limpita".

En algunas ocasiones, llevaba muchachos para que vieran lo limpia que era su nieta. Cuando mis hermanos acababan de desayunar o de almorzar, porque ellos se iban a trabajar, dejaban todos los platos sucios. A mí me entraba una desesperación al ver aquella montaña de platos. Apenas terminaba algo, tenía que hacer otra cosa. Me costaba organizarme, no sabía cómo organizarme. No sabía cómo organizarme. ¡Sólo iba a tener once años!

En la mañana me despertaba a las cinco: tenía que hacer las tortillas para darles de comer a mi papá y a mis hermanos. Terminar la masa para que no se echara a perder. Después, lavar los trastos. Luego les preparaba la comida. Les hacía frijoles, habas, a veces carne con verduras. La haba también se podía hacer en sopas, en guisados, se hacen tortas, en navadas que le llaman: a las tortillas les ponen las habas y luego la carne con verduras. Casi la mayor parte del tiempo es así, verduras, carne, habas, que es lo

que más se da en el pueblo.

Mi abuelita venía solamente a ver si estaba o no estaba limpio. Controlaba que no estuviera en la calle. Sólo ver que todo estuviera bien. Y nada más. Mi abuelita nunca me quiso. Nunca me quiso porque sintió celos de mi madre con mi abuelito. Es lo que sentí.

Y me golpeó con esa riata en todo mi cuerpo

Asumí esa responsabilidad de ocuparme de la casa hasta el momento en que mi abuelita empezó a decir cosas que no me gustaban, que no entendía. Me decía: "Tu madre no era así, tu madre era más limpia, tu madre no salía a la calle, tu madre y tu madre...", todo el tiempo me decía lo mismo. Me reprochaba el no parecerme nada a mi madre, el no hacer nada como mi madre. Sentí que empezaba a provocarme porque me decía: "Tú te pareces mucho a la parte de tu padre, tú te pareces a él". Yo no podía entender por qué era así conmigo. Hasta que un día, cuando les estaba dando almuerzo a mis hermanos y a mi papá, llega ella y le dice: "¿Cómo es posible que estés tan contento con tu hija, y tu hija va a ser madre?". Mi papá saltó furioso de su silla y dice: "¿Cómo?". Mis hermanos también furiosos. Quizás menos Armando, a él no le vi ninguna, ninguna reacción. Pero Jacinto sí. Jacinto se levantó y fue a buscar una reata de lechuguilla, así la llaman los charros, usan reata para jugar, es dura, dura, dura. Y me golpeó con esa reata en todo mi cuerpo y me preguntaba enloquecido: "¿Quién, quién fue el padre del hijo que vas a tener?".

Yo no sabía en realidad de qué estaba hablando. Todavía no tenía ni siquiera la iniciativa de ver los chicos. Terminó mi hermano de golpearme. Yo no lloré para nada. No me salió ni una lágrima. Lo que sentía era rabia, una rabia inmensamente grande. Entonces, dije: "Cómo es posible que mi madre nunca, nunca me puso la mano encima y ellos, que les estoy ayudando a salir adelante, me están golpeando sin razones".

Vi a mi abuelita que estaba allí. Entonces se me acerca mi papá y dice: "Mira, prefiero mil veces verte muerta, a que sea la burla de quien sea". Colgó un lazo de una lata que había, canagual le llaman, en los palos gruesos que ponen en los tejados, lo cuelga, y dice: "Mira. Aquí mismo prefiero verte muerta". Él me iba a colgar, cuando le dije: "Sí". Como había escuchado en algunas

ocasiones la gente que decía que una persona que va a tener un bebé antes tenía que ir a ver al médico, se me vino en la mente y le digo: "Bueno, sí, yo voy a morir, pero antes de eso, vamos a ver un médico y que averigüe si es verdad que estoy embarazada".

Al oír eso, mi papá soltó todo, creo que reflexionó, y entonces dijo: "Tal vez, no es cierto". Mi abuelita se dio la media vuelta pero yo le dije: "Usted va a ir conmigo y me va a hacer ver cosas". Respondió: "Yo no tengo tiempo de andar en los chismes". Y yo: "Sí, pero para venírselos a contar a mi papá, sí".

No sé por qué pero, a partir de ese momento, mis hermanos y mi papá se iban a comer con mi abuelita e Inés, la esposa de mi tío Salomón. Me decían: "¡Ah! Quédate sola como un perro a comer la comida que hiciste". Todos los días era lo mismo. Yo me sentía rechazada, completamente. Por algo que ni siquiera sabía qué era realmente lo que estaba pasando.

Seguí preparándoles la comida, pero no se la comían. Mi abuelita estaba al pendiente de que mis hermanos llegaran o ella los iba a traer. Ni mi padre ni ellos me dejaban salir a la calle. Más bien me encerraban en la casa. No les gustaba como vestía, no les gustaba que yo opinara. Por eso decidí irme del lado de ellos.

Fue entonces que me entraron las ganas de irme de esta casa. Iba a tener doce años. A todas las personas que iban a la capital a vender sus productos les pedía que me llevaran y ellos me decían: "No, yo no me comprometo. Tú eres muy joven y vamos a ir a la cárcel". Hasta pensé "entonces mejor me voy con cualquier hombre que encuentre, me voy a ir". Pero después pensaba y decía: "¡Ay! ¡No! ¿Cómo me voy a ir? ¿Y si me sale peor que ellos? No, no, no, mejor voy a ver... Algo tiene que salir".

Iba a la iglesia, prendía una vela como me había enseñado mi mamá, y un día una señora me dijo: "Sabes, te vas a venir conmigo. Junta un dinerito y yo te voy a esperar en Toluca. Tengo algo para ti".

De esa manera me salí del pueblo. Me fui y ellos me fueron a buscar a México. Sí, me encontraron, mi abuelita y mi hermano Jacinto. Mi abuelita me dice: "Tú no tienes por qué estar aquí. Tu lugar está en el pueblo". Como yo a mi abuelita le tenía

miedo, le dije: "Sí, volveré un día". Mi hermano me dijo lo mismo.

Un día, finalmente, me convencieron de que regresara al pueblo. Creí que realmente la situación había cambiado, que iba a ser tratada como la hermana menor, que me enseñarían cosas y que me iban a querer. Tal vez me querían, pero no sabían cómo quererme.

Me quedé un año en el pueblo, después tuve que regresarme a la capital porque fue lo mismo. Nada había cambiado. Lo que mi abuelita les había dicho se les había quedado muy grabado. No me valorizaban. Seguían echándome la culpa de lo que nunca había pasado. Me regresé a la capital y empecé a trabajar duro. Le rentaba un cuarto a mi tía pero todos los fines de semana me iba al pueblo a visitarles. Siempre que llegaba mi hermano mayor se iba de la casa. No me quería ver. Ahora que han pasado tantas cosas, entiendo que él quería tener la familia en su casa. No quería que nadie se fuera. Después me di cuenta que hacía lo mismo con sus propios hijos. Para él era muy importante que yo no saliera de mi pueblo. Eso no me lo podía perdonar. Les llevaba lo que podía con el dinero que ganaba. Así fue transcurriendo el tiempo.

Como después que se murió mi mamá casi no pude ir a la escuela, o sea iba menos, cada vez menos, fue en la capital que pude hacer el sexto año. No fui más allá del sexto año. Y bueno, el resto, yo trabajé.

Murió mi abuelito el Viernes Santo

Mi abuelito tuvo que vender los terrenos que tenía en Santiago, porque había un pariente de mi abuelita que todo el tiempo le decía: "Ciprián, ya estás viejo para trabajar ese terreno". Era constante, casi la mayor parte del tiempo que pasaba por allí, le decía lo mismo. Y mi abuelito era muy delicado en ese aspecto. Un día, le dice mi abuelo: "¿Y qué quieres, que te los venda?". No sé si ese día estaba de malas, no sé lo que estaba pasando, pero en ese momento que pasó este señor, le dijo: "Deja de estar jodiendo y te vendo los terrenos, vale, ya. Punto. Dame tanto".

Allí mismo el otro le agarró la palabra y casi se los dio regalados. Ya mi abuelito no se pudo hacer para atrás, porque él era una persona así. Lo que había dicho, así se lo llevara, lo que fuera.

Cumplió la palabra que había dado. Allí mismo se hizo el trato. Y mi abuelita nunca aceptó eso. Ella se fue a Balderas, pero no quería irse a Balderas. Decía que ella con su marido habían trabajado mucho para esos terrenos, para que se los regalara así a este señor. Ella quería que el hombre les regresara los terrenos.

Un día que se fueron a ver la Semana Santa cuando ya regresaban, mi abuelito se puso detrás de una camioneta, para ir a ver el otro lado de la calle, y la camioneta reculó y le pasó encima. Él murió el Viernes Santo.

Desapareció mi abuelita

Esa muerte accidental trastornó mucho a mi abuelita. Ella iba constantemente a molestar a este señor de los terrenos porque nunca estuvo de acuerdo. Iba, iba, e iba a molestarlo. Un día la vieron salir del pueblo, la vieron en Tenango y de allí no se supo nunca más nada. Desapareció mi abuelita. Anunciaron su desaparición por la televisión, en los periódicos. La buscaron. Hasta que se cansaron de buscarla y nunca la encontraron.

Y allí murió mi tío Salomón

Mi tío Salomón estaba muy afligido por la desaparición de su madre, mismo si antes de perderse le hizo la vida imposible a su mujer, al punto que se separaron y mi tío Salomón se fue a vivir solo.

Luego de haberse perdido mi abuelita iban a reconciliarse. Ya estaban poniéndose de acuerdo. Me contaron que él llegaba de trabajar y se había ido a la tienda cuando le hizo una broma a un chico y ése quiso correspondérselo. A mi tío Salomón no lo conocían como Salomón, sino como Capitán, porque de chiquillo decía que iba a ser un capitán de barco. En el pueblo todos lo llamaban "Capitán". Mi tío salió de la tienda y el chico lo siguió para hacerle la broma, pero no en palabras sino... que con una navaja le quiso asustar. Mi tío Salomón, al momento que sintió la presencia del otro, se volteó y el chico le cortó la vena. Allí murió mi tío Salomón.

Un día, mi tío Beto llegó bien tomado...

A mis tíos los recuerdo a todos, yo era muy pegada con los hermanos de mi mamá. Siempre

estaba detrás de ellos. Además, vivían en la misma casa. En el pueblo es así, cuando se casan, el señor trae a su señora a vivir a su casa.

Mi tío Beto se casó a los veinte años. Un día, llegó bien tomado. La casa de mis abuelitos era muy grande, iba a entrar por atrás, pero vino una vecina y le dice a mi abuelito: "¡Don Ciprián, don Ciprián! Beto, viene bien tomado". Mi abuelito ya se iba en el caballo. Mi tío Beto sabía que mi abuelito se iba a ir y se entró por atrás. Entonces mi abuelito se regresó y se fue a encontrarlo. Con una cadena muy gruesa le dio en todo el cuerpo, al punto que mi tío estuvo un día entero en la cama.

Allí se dio un balazo mi tío Beto

Yo fui a verlo cuando estaba en la cama y le dije: "¡Qué tristeza, tío, verlo así!" Y él: "Pero qué quieres, así es la vida. No te preocupes que esto no va a durar mucho. Tal vez un año y luego me iré de aquí". Justo cuando se cumplía un año después del cadenazo, de la golpiza que le dio mi abuelito, mientras mi abuelita había ido a buscar a mi tío Salomón, que venía de pasar un tiempo en la capital, mi tío Beto se fue en el caballo a un terreno que le llaman el Cerrito. Allí se dio un balazo, el día que su hermano regresaba al pueblo. Y murió.

Mi tío Salomón y mi tío Beto nunca se llevaron bien. Mi tío Beto, el menor de los hijos, era una persona muy seria, muy trabajadora, mientras que a mi tío Salomón le gustaba más el ambiente, le gustaba la vacilada. Nunca, nunca estuvieron de acuerdo. Mi tío Beto sentía que a mi tío Salomón lo querían más. Por el problema que tenían entre ellos, mi tío Salomón se había ido un tiempo a la capital.

Así que se quedó viuda la mujer de mi tío Beto. No tenían hijos.

El que se quedó con la casa fue el hombre

Muertos todos, mis abuelitos, mi tía Josefina, mi mamá, sus dos hermanos, se quedó con la casa el nieto, hijo de mi tío Salomón. Mi tío Salomón tenía siete hijos, seis mujeres y un hombre. El que se quedó con la casa fue el hombre. Se llama Ciprián, como mi abuelo.

Cuando murió mi mamá, mi abuelita me dijo: "Tu

mamá tiene derecho a una herencia de nosotros. Jacinto se la tomó. Armando ya no vive. Sólo quedas tú". Entonces yo le dije: "¿Y Fausto?". "Ése no es hijo de tu mamá", me respondió. Entonces le dije: "No me hable. Yo no quiero absolutamente nada. Fausto ha sido nuestro hermano, estuvo con nosotros desde que tuvo quince días. Aunque no fuera hijo de ellos, siempre lo consideraron como tal". Y ella me dijo: "No, no, no, él no, no cuenta". Así que yo no quise saber nada. Me dolió mucho lo que dijo mi abuelita. El tiempo pasó y de herencia no se habló más. Murieron, murieron todos y no supe más del reparto.

Lo mismo que ahora que murió mi papá

Hoy, cuando voy a Balderas, sólo veo a algunas primas. Las hijas de mi tío Salomón, que ya no viven en el pueblo, sólo van de visita como yo. No sé lo que pasó con ellas respecto a la herencia. Ahora que murió mi papá, no se hizo ningún reparto entre los hijos.

Antes de que él muriera, le dije que no le perdonaría si a Fausto no le diera nada. Así que hubo problemas con Jacinto, por esa razón, porque le dieron a Fausto. Y eso que cuando los hijos de Jacinto se enfermaban Fausto se precipitaba a vender uno de sus borreguitos para comprar la medicina que se necesitaba.

Mientras tanto Jacinto andaba tomado. Cuando él era joven, recuerdo que el viernes por la tarde se iba a San José Zaragoza, y sólo aparecía el lunes en la mañana, y bien enojado. De esa manera, nadie le podía decir nada. Entonces, ¡ay! A mí me daba mucho coraje ver que Fausto ni siquiera salía. Le pedía a mi padre su domingo y apenas si le daba cinco pesos. Tenía que estar detrás de mi papá para vender algo o para vestirse. En cambio, Jacinto vendía lo que fuera, maíz o habas, y se iba todos los fines de semana. Eso me daba rabia, no lo podía soportar, tanta diferencia entre los hermanos. Por eso siempre estuve en desacuerdo con Jacinto, y ése es mi problema.

Hasta la fecha nunca podemos cerrar una reconciliación

Hasta la fecha no podemos cerrar una reconciliación, de hermanos. Así que, pues, lo que dejó mi padre, el fruto del trabajo de mi

madre junto con el de él, no sé realmente quién se quedó ni con qué. Personalmente, digo lo que yo he trabajado es lo que me corresponde, no más.

Un día tuve la determinación de decir: "Yo un día voy a tener un hijo". Ésa fue mi primera etapa de verdadera independencia como mujer, como madre. La segunda etapa fue: "Ahora voy a tener mi casa".

Algún día, si llego a comprarme un terrenito, va a ser en la Piloto

Cuando vine de mi pueblo a la capital, me alojé en una zona que en este tiempo se parecía a un pueblo. Me dije: "Algún día, si llego a comprarme un terrenito, va a ser en la Piloto". Pero eso, ni soñarlo. Con lo que ganaba no iba a poder pensar que iba a tener un terreno allí.

Cuando me vine a Canadá, siempre mi intención fue tener un lugar donde llegar y donde invitar a la gente extranjera o canadiense o quien fuera, un lugar mío, donde pudiera sentirme bien.

Tengo una tía con quien siempre me he llevado muy bien. Es la viuda del hijo del hermano de mi abuelita y con ella me identificaba mucho. Ella me quiere mucho y yo a ella. Y siempre le decía: "Señora Amparo, si un día ve un terrenito aquí, en la Piloto, avísame, a ver si puedo comprarlo". Por supuesto que pensaba en un terreno chiquitito.

Una sobrina mía, la segunda de mi hermano Jacinto, decidió irse a la capital después de la primaria porque en el pueblo, en ese tiempo, sólo había la primaria. Tenía la misma edad que yo cuando me fui del pueblo, o sea, doce años. Quería seguir estudiando. Y se vino sin el consentimiento de su papá, claro.

Cuando se vino, la gente me decía: "¡Ay! Sabes, que tu sobrina tal cosa". Y: "Sabes, que tu sobrina tal otra cosa". Sentí que iba a vivir lo mismo que yo y pensé: "No, no, no. Ella no tiene que pasar lo mismo por lo que yo pasé. Si yo tenía la intención de comprar una casita o un terrenito, donde yo vine por primera vez a la capital, pues, ése era el momento".

Me fui a México. Con mi tía Amparo y su nuera Socorro, empezamos a buscar y a buscar un lugar. Todo era bien caro, todo, todo. Me regresé

a Montreal. Pasó el tiempo, como siete meses, cuando me llama Socorro y me dice: "Sabes que hay una oportunidad en la Piloto, pero es ahora. ¿Te vienes?". Hice lo posible para irme otra vez.

Vendí todo, todo lo que yo tenía

Vendí todo, todo lo que tenía. Mi hijo ya tenía siete años. Nació en el 80. Fue en el 87 que vendí todo lo que tenía, dejé el apartamento que alquilaba en Montreal y me fui con mi hijo con la idea de comprar este lugar.

Fui a verlo con Socorro. Antes era una casa de vecindad. Yo tenía justo el dinero que pedían. Me costó mucho trabajo hablar con los dueños de la casa porque no se encontraban allí. Finalmente, los encontramos e hicimos el trato. Lo que traía de dinero me alcanzaba justo.

Mi idea era regresarme a Montreal. Pero fue tan largo el tiempo de cerrar el trato que, mientras tanto, el precio de la casa aumentó de dos millones de pesos. Tenía que decidir o dejarlo, o tomarlo. Finalmente, lo tomé. Con el dinero que me quedaba, sólo me podía pagar un pasaje. Decidí irme porque en Canadá podría ganar más y ahorrar de nuevo. Pero me tocó dejar a mi hijo. Lo dejé un año y medio para poder establecerme nuevamente en Montreal. Lo dejé con Irene, una parienta.

Él vivió momentos muy difíciles. Hasta la fecha, apenas los está superando. Fue el dolor más grande que pude haber sentido. De todo lo que había pasado, eso fue lo más doloroso.

Durante este año y medio traté de juntar dinero. Ahorraba en todo. Me fui a vivir por el barrio de Côte-des-Neiges, donde compartí un apartamento con una señora peruana.

Cuando por fin me traje a mi hijo, seguía compartiendo el apartamento con esta señora, o sea no había un lugar privado para él. A ella le molestaban los ruidos de la mañana. Fue muy duro cuando regresó mi hijo. Tenía que sacarlo los fines de semana temprano porque ella no quería ruido. Me iba con él al Oratorio St. Joseph o pasábamos horas en la librería Renaud-Bray. Él leía los libros para niños.

Fueron tiempos bastante, bastante duros para mí. Además, desde que había regresado, no tenía un

trabajo estable y tampoco tenía mucho dinero. Un día fui a trabajar y los señores no estaban, se habían ido a Estados Unidos y no me habían avisado. Yo contaba con ese dinero para comprar la comida. Me decía: "¡Dios mío! ¿Qué le voy a dar de comer a mi hijo esta semana? Por favor, ponme algo seguro, necesito un trabajo que coincida con el horario de mi hijo en la escuela".

Dios nunca abandona a sus hijos

Al otro día me llama la amiga que yo había ayudado, cuando recién llegaba con una visa diplomática, y me dice: "Te quiere hablar mi patrón". La acompañé a su trabajo y me recibe el padre Belec, diciéndome: "Mira, la señora que hace la limpieza se va a ir. Quisiera proponerte este trabajo, si te conviene". En ese tiempo, dije: "Dios nunca abandona a sus hijos". Me sentí de nuevo segura de volverle a dar a mi hijo lo que merecía. Desde entonces, trabajo en Westmount, para la *Congrégation du Saint-Esprit*.

Son sacerdotes misioneros. Desde que se gradúan tienen misiones en el mundo entero: En México, en África, más que todo en África, en Francia, donde está su fundación. Su vocación es ayudar al ser humano. Son unas personas muy sencillas, muy humildes. Casi no hablan de religión. La vida en esta institución es muy intensa.

Cuando llego por la mañana y veo sus sonrisas a pesar de que la mayoría de ellos son ancianos enfermos, me hace sentirme bien, siento un gran alivio con sus presencias.

Son sacerdotes retirados pero siguen con muchas actividades. Llegan a esta casa porque están enfermos y ya no pueden ejercer las mismas actividades por el problema de salud y la edad.

Me anima mucho saber que se mantienen activos, a pesar de todo. Tienen sus programas y leen mucho. Cuando me siento deprimida, el hecho de saber que voy a encontrar personas mayores que yo me da fuerza para seguir adelante. Me han ayudado mucho a entender mejor las relaciones del ser humano.

Lo curioso en mi vida es que cuando murió mi mamá, tuve que vivir con puros hombres y, para mí, fue bastante difícil. Hace como quince años que la vida me ha llevado a la casa de unos

sacerdotes, hombres también. ¡Es cómico! Mi vida empezó con hombres y va a terminar con hombres. Hasta mi propio hijo es un hombre y vivir con él no fue siempre fácil.

Llegué a preguntarme si mi comunicación era más fácil con los hombres, aunque realmente nunca tuve, o creo que no tendré, un hogar con un hombre.

...para mí fue lo más fuerte que he conocido respecto al amor

Después de mi corta relación con Demetrio, el padre de mi hijo, he conocido a un chico guatemalteco. Ese para mí fue lo más fuerte que he conocido respecto al amor. Yo, de un hombre, esperaba una persona que me entendiera. He sido una persona extremadamente independiente. Y difícilmente un hombre acepta la independencia de la mujer, más aún si es latino. Este chico ha llegado a entenderme mucho, mucho, como soy yo. Hemos logrado tener la comunicación con la que soñaba desde siempre. Y eso, a pesar de que no tengo su nivel de educación. Él nunca me ha impuesto nada. Pasamos horas hablando por teléfono. Él me hace sentirme como un ser humano: eso es lo que más me ha deslumbrado.

Ahora lo veo menos que antes porque pienso que va a tener que hacer su vida como yo la mía. Me da mucho miedo una relación formal. Nunca hemos vivido juntos. Es una relación que poco a poco se ha transformado en una amistad profunda, casi de fraternidad.

Sé que si lo tuviera que llamar por cualquier razón o pedirle cualquier cosa, él respondería. Pero a mí el miedo hacia los hombres nunca me ha dejado. En esto, no siento la capacidad de crear un hogar con él. Tal vez si hubiera sido más joven y con un poquito más de estudios. Porque, la verdad, si bien supe superar lo que no me dio mi familia, o sea la posibilidad de estudiar, quedé bastante acomplejada.

No me siento la fuerza para controlar un hogar. Quizás sea por el trauma que sentí con el comportamiento de mis hermanos y de mi papá, después de la muerte de mi mamá.

Mi relación con los hombres es más bien una relación de reminiscencia de mi pasado, de mi infancia. Por eso, ahora que tengo cincuenta

años, no me veo enjaulada por un hombre. Desde que tengo uso de la razón me he manejado solita. No sé hasta qué punto sería capaz de someterme a otra idea.

Donde trabajo, me ocupo de la ropa de unos diecisiete sacerdotes. Con los años he aprendido a conocer los gustos de cada uno y no me es difícil proponerle a uno lo que le conviene, o lo que le va, o lo que desea. Tengo una linda comunicación con ellos y si no están de acuerdo con algo, me lo hacen saber. Ante el mínimo gesto de su parte, sé que algo que no va. Ellos me tienen una confianza total, eso me hace sentirme muy bien.

También me ocupo de su casa, quiero decir la ropa de las camas, y si hay que arreglar algo en sus cuartos, lo hago con muchísimo gusto. Para vivir en un lugar así, hay que sentirse bien. Siento que me valorizan y me quieren mucho.

Decidí que iba a contratar a unos mariachis

Mi patrón se llama Blondin Beaulieu. Es una magnífica persona. Lo que más me gusta de la mayor parte de ellos es que son abiertos. Les he llevado a ver espectáculos. Les he transmitido un poco de mi cultura y les encanta.

Para los sesenta y cinco años de mi amiga, que trabajaba allí también pero que ya se jubiló, hicimos una gran fiesta. Para ella era como la realización de un sueño. Y como también era el cumpleaños del padre Blondin, fue fácil juntar un poco de dinero y preparar la fiesta con el consentimiento del director. Yo quería que fuera allí, por el espacio, y también quería que todos los padres pudieran disfrutar de la fiesta.

Decidí contratar a unos mariachis que conozco desde siempre. Conozco al papá y a los hijos. Son una institución en Montreal. Vinieron primero cuando hubo la exposición del 67 y desde entonces se quedaron. Tienen once hijos y vinieron casi todos aquí. Conozco a los hijos y ahora a los nietos, que también siguen la tradición del mariachi, así es que hablé con ellos.

Cuando llegaron, los mariachis se escondieron en el pequeño comedor de los empleados. El comedor de los padres es más grande y entre los dos está la cocina. A la hora de partir el pastel, los mariachis empiezan a desfilan y a tocarle "Las

mañanitas" a mi amiga. Fue una emoción muy grande para todos. Mi amiga no sabía si reír o llorar. Era tal la sorpresa que quedaba sin reacción.

Después de tres, cuatro meses, los padres me preguntaban: "¡Ay! ¿Cuándo vas a traer los mariachis de nuevo?". No es tan fácil, pero da gusto ver cómo están dispuestos a vivir todo tipo de experiencias, que sea de comidas, música, teatro, etc.

¡Tienen una vitalidad increíble para sus años!

¡Tienen una vitalidad increíble para sus años! Por ejemplo, el Monseñor, el arzobispo Augusto Delisle, tiene ahorita 96 años y acaba de publicar un libro. Es una persona cuya vocación es sacar adelante a las personas.

Por ejemplo, a mí me dio de nuevo el gusto de coser. Siempre me había gustado la costura, quizás por haber visto a mi madre en eso cuando yo era pequeña.

Un día, hace varios años, cuando Monseñor todavía no vivía aquí, estaba en Chile y nos visitó y me dice: "¿Y el papá de tu hijo?". Le digo: "Él no está aquí, está en su país". "¿Quieres decir que ha crecido tu hijo sólo contigo?". "Sí", le digo. "Y, ¿tienes alguna entrada aparte del trabajo que haces aquí?". "No", le digo. "¿Vives solamente con lo que haces aquí?". "Sí", le contesto. Y, después de unos minutos, me vuelve a preguntar: "¿Te gusta coser?". "Sí, un poco", le digo. Y él: "¿Y tienes medios para coser?". "No –le digo–, yo coso aquí, hay una máquina". "Entonces, mira –me dice–, hay un señor de Estados Unidos que me dio un dinero, empléalo, sé que tú lo vas a emplear bien. Empléalo en alguna necesidad". Y añade: "Si quieres vamos a comprar una máquina para que con eso hagas un poquito más de dinero y a tu hijo no le falte nada". Me sorprendió tanto que dije: "No, no, no puede ser, está bromeando conmigo". Y dice: "No, yo te voy a acompañar". Así fue. Monseñor Delisle me acompañó a comprar una máquina de coser.

Después me encargó hacer unos chalequitos para Chile, lo que a mí me aumentó la valorización de mi capacidad de coser. Luego, decidí tomar cursos de costura y ahora me siento más segura, ya puedo hacer otras cosas.

¿Por qué le pusieron a Miguel Arcángel así?

Con Monseñor Delisle se puede hablar de cualquier cosa. Por ejemplo, yo tenía una pregunta a la que no encontraba respuesta. En mi pueblo hay un San Miguel Arcángel, que es el patrón del pueblo y toda mi vida quise saber qué significaba el nombre de Miguel Arcángel. Me decían es el ángel, es el guardián, pero yo necesitaba saber más. Así que le pregunté a Monseñor: "Monseñor, ¿usted sabe por qué le pusieron a Miguel Arcángel, así? ¿Qué significa el nombre?". Y me dice: "Arcángel es poder en griego, y Miguel es 'mi' y 'Él', o sea, yo, Dios y el poder. O sea que Dios le dio un poder al ángel para poderlo defender del mal. Eso es lo que significa". Quedé muy satisfecha con esta explicación que me hizo Monseñor Delisle.

En este trabajo de la Congregación del Espíritu Santo, me impactó mucho la enfermedad de uno de los padres que murió hace poco. Tenía la esclerosis en placas. La forma más fuerte, más rápida. A mí me impresionaba ver cómo evolucionaba la enfermedad en el pobre padre. Un día había perdido el uso de una mano. Al otro día, la otra mano. Al otro día, no podía mover su cuerpo. Era tan rápido el proceso que no le daba tiempo de reaccionar, de reflexionar, y lo ponía de un humor tan fuerte, tan fuerte, que nada, nada, nada, le consolaba. Cuando estuvo muy muy grave, que se estaba ahogando, lo llevaron al hospital y allí murió. Ese día me dijo: "¡Ay! Hoy voy a morir". Y así fue. Ese fue otro momento fuerte. A veces me digo: "Nosotros que nos sentimos tan fuertes, tan potentes, y en un momento somos tan frágiles. Tan, tan frágiles".

Desde que estoy con los padres he perdido la cuenta de los que se fueron. Creo que sólo quedan dos de los que estaban cuando vine, los demás ya fallecieron. Cuando los veo tan debilitados, trato de ser su acompañante, los ayudo como puedo. Me recuerda la época en que trabajaba en el hospital en México y ayudaba a los enfermos. Quizás haya sido mi vocación ayudar a los que sufren. Ellos lo saben, saben que soy bastante fuerte, que no me asusta la muerte. ¡Comparadas con todo lo que he presenciado en mi niñez, como muertes violentas, esas muertes de los padres son dulces!

Hace como una semana murió otro padre. De todos los que he visto morir, él es el primero que

veo morir totalmente lúcido. Una hora antes de morir, estaba cantando con uno de los padres, diciendo "Me voy". Cantó otra canción, pero no recuerdo el título. Cantaba, estaba tan consciente y tan feliz, tan feliz, que yo me decía: "No tiene miedo. No tiene. Está confiado con lo que está pasando." ¡Qué agradable! ¡Qué agradable vivir así ese momento!

Hace quince años que estoy en este lugar y siento que no ha pasado el tiempo.

Estoy cansada de pagar una renta

Llevo aquí, en Montreal, treinta años. Me gustan los desafíos en la vida así no me aburro y no me entra tristeza. Un día le comenté a una amiga: "Estoy cansada de pagar renta. ¡Y cómo me gustaría comprar un cuartito a lo redondo para que un día mi hijo no ande de un lado para otro!". Ese deseo no lo compartí con nadie más, era como un sueño.

Hoy, cuando pienso en eso, me pregunto cómo pude hacer. Fue una cosa tan difícil para mí, difícil, difícil. Recuerdo que mi amiga, en vez de burlarse de mí me dice: "De verdad, ¿estás con ganas de comprarte algo? Conozco a un señor que puede iniciar el proyecto contigo". Era un agente de venta de casas. Entonces, le digo: "Bueno". Ella me dio el teléfono de este señor. Pasaron varios días hasta que me decidí a llamarle y me dice él: "Sí, justamente, estaba esperando su llamada".

Él es un salvadoreño. Le expliqué que no tenía mucho dinero y le dije: "Me gustaría comprar algo que fuera chiquito para poder ir pagando tranquilamente". "Entonces, -dice-: "Déjeme ver". Me preguntó por mi salario, por lo que tenía en el banco y, bueno. Llegamos a ver todas las posibilidades y me dice: "No está fácil pero puedo ayudarle". Y todo fue muy rápido.

Yo no se lo comenté absolutamente a nadie, porque no quería que me desanimaran o cosas por el estilo. Encontramos una casa en el barrio de Verdun y en seguida el señor hizo todas las gestiones para el trato. Fue tan rápido que en menos de quince días estaba listo. Hace ahora cuatro años que vivimos en Verdun.

No me dio tiempo ni de tener angustias... Fue como un torbellino, así, rapidísimo. Cuando ya se había firmado el trato le digo a la cocinera de mi

trabajo: "¿Sabes? Acabo de comprarme una casa". "¡No te lo puedo creer!". "Pues sí, pues sí, pasó".

Esto pasó en el mes de febrero y en el mes de abril yo tenía programado, desde hacía muchos meses, ir a México con la cocinera, el *préposé* y el padre Blondin, mi patrón.

Lo de la casa fue una locura que tenía programada sólo en mi inconsciente. Así que me encontré con el proyecto de la casa más el viaje a México con esa gente. Todo era dinero, dinero, dinero y decía yo: "¿Cómo lo voy a hacer?". Cuando concluimos el trato de la casa, el agente me prestó un dinero para pagar los *taxes*, o sea él los pagó y yo se los iba a devolver después.

En ese tiempo, entre marzo y abril, cuando tenía el proyecto del viaje, me avisan que mi padre había caído gravemente enfermo. Entonces, tuve que pagar un pasaje para México y dejar a mi hijo.

Me fui a México. Estuve en el pueblo, ayudándole a la familia, haciendo lo que podía. Fue grave lo que le pasó a mi padre, pero reaccionó bien, aunque perdía las fuerzas.

Para facilitarles la vida a ellos, compré una silla de ruedas, compré pañales para que no tuvieran que lavar tanta ropa. Luego tuve que venirme a México para recibir a la gente que venía. Volví a mi pueblo antes de regresar a Montreal. Me dijo mi padre: "¿Te vas a ir?". Y yo: "Sí, me voy, padre". "¿Y cuándo vienes?". Le digo: "Voy a venir en un año". Y me dice: "Te espero".

Me dicen: "Tu papá murió"

Me fui con esa angustia de que en cualquier momento iba a pasar algo. Regresé a Montreal donde me esperaban mis deudas... Por supuesto, no pude ir al año, así que programé ir en octubre a ver a mi papá.

En septiembre me llaman a las seis de la tarde y me dicen: "Tu papá murió". Pero, a las seis de la tarde, ¿qué hacía yo? No podía hacer nada. Llamé a una amiga, toda triste y le digo: "Sabe que mi papá murió y no sé que hacer". Ella me preguntó si quería irme. Le dije que sí, pero sabía que a esta hora ninguna agencia estaba abierta. Entonces ella me dice: "Mira, voy a hablarle a Camilo". Camilo es una persona que

tiene una agencia y ella lo conoce muy bien. Ella llama al señor Camilo y él le dice: "Deme un tiempo y le vuelvo a llamar".

En ese momento los vi a todos en su caja

Todo pasó igual tan rápido que a las doce estaba saliendo para el aeropuerto, para recoger el boleto y estar al otro día en México para ver a mi papá muerto.

Llegué al pueblo y estaba allí mi papá en la caja. Viví un momento tan difícil, difícil, difícil, porque en ese momento que vi a mi padre en la caja, los vi a todos en su caja. Vi a mi abuelita, a mi abuelito, a mi tío Salomón, a mi hermano y a mi papá juntos. Ese día me di cuenta que no había aceptado ninguna de esas otras muertes porque no los había visto. En mi interior seguían viviendo, pero allí ya me daba cuenta que como mi padre estaba, estaban ellos también.

Me agarró un dolor en el pecho tan fuerte que tampoco fui capaz de llorar. No lloré, pero lo que viví en ese ocasión fue como cinco muertes juntas, que no había aceptado antes.

...se hace una cruz de cal abajo de la mesa donde se veló al difunto

En mi país, cuando muere alguien, le hacen el novenario, los nueve días. O sea, lo velan y luego lo entierran. Esta vez que murió mi papá, se hizo el novenario y fue en ese momento en que vi a mi padre en la tumba, que vi las cuatro tumbas de mis otros difuntos que no había podido acompañar. Me di cuenta de que los nueve días sirven para reconciliar a la familia. El novenario es reconfortante porque uno está día y día en silencio, orando con toda la familia; y no sólo la familia sino que viene parte del pueblo a hacer la novena. Los que oran en el novenario son más bien mujeres, pero es uno que tiene que ser el rezadero (la persona que reza el rosario de la novena). La familia, en coro responde. Sólo los familiares visten de negro, no los acompañantes.

En ese momento, cuando empieza la novena, se hace una cruz de cal abajo de la mesa donde se veló al difunto. Al terminar la novena, ese día buscan a cuatro padrinos. Un padrino recoge un brazo de la cruz, otro el otro brazo, la madrina el cuerpo de abajo y la otra madrina la cabeza y se va haciendo la oración. Después de la oración, se

recoge la cal, que es supuestamente la despedida, al final de la novena. Luego, se llevan la cruz al panteón y entonces se vuelve a abrir la tumba (sólo la tierra) y se entierra todo: las flores y la cruz de cal que se había recogido en un papel. En el momento que se termina el novenario, donde la persona murió, allí mismo le van a gritar tres veces, como por ejemplo: murió mi papá en la cama, entonces van y le dicen: "Ciriaco Arias, ¡levántate!, Ciriaco Arias, ¡levántate!, Ciriaco Arias, ¡levántate! Es tiempo de dejar tu casa".

Termina esa noche y al otro día se lleva la cruz el pueblo. Después, al año siguiente, en el mismo tiempo en que murió el difunto, se vuelve a hacer el novenario. Pero ya no utilizan el mismo rito que utilizaron en la novena de la cruz. Al cabo del año es la terminación de la muerte del difunto. Después de eso puede uno hacer la lápida o lo que quiera.

Lo bonito en el pueblo es que cuando alguien se muere todos cooperan. Así que le traen a la familia frijoles, habas, cualquier cosa, pan, café para compartir ese momento.

A mi regreso a Montreal fue que tuve una depresión. Reaccioné a lo que viví en ese tiempo. Recuerdo que un día iba en el metro y lo sentí tan grande, tan grande, que me dio miedo. Me salí y caminé todo un día, sin rumbo fijo y regresé como a las ocho de la noche a la casa. No quería saber de nadie, ni de nada. Quería olvidarme de mí. Me llamó la mamá de los niños que había cuidado y me dice: "Elena, me gustaría verte por lo que pasó con tu papá". Yo no quería ver a nadie. Ella insistía porque sentía que algo me pasaba, pero yo no podía, no estaba lista para hablar de lo que sentía adentro de mí.

Mi trabajo me ayudó bastante, porque mis viejitos me veían y me sonreían y no me hacían ninguna pregunta. Su sonrisa me daba fuerza, me transmitía lo que yo necesitaba en ese momento y nada más.

Hoy mi nuevo pueblo se llama Verdun

Hoy mi nuevo pueblo se llama Verdun. Es un lugar tranquilo que ha cambiado bastante desde que nos hemos instalado hace cuatro años. Los

domingos nunca se ve solo, se ve transitado, con niños, adultos, viejitos, de todo. El río St. Laurent está cerca y luego está el canal Lachine más arriba. Entre mis vecinos hay latinos de un lado y, del otro, africanos.

Cuando llegué a Montreal, hace treinta años, se me afiguraba un lugar sin población, comparado con México, casi no había gente. Se me hacía tan solitario que me daba como nostalgia. Los inviernos eran mucho más fuertes que hoy en día. ¡Uy! Recuerdo una vez que andaba con una amiga por la calle Drolet hacia la iglesia de Rachel: cayó una nevada que allí sí sentí que íbamos a perdernos. A ella no la veía más; estaba completamente blanca, blanca, blanca. No se veía por dónde íbamos caminando y yo le decía: "Pero, ¿por dónde andamos?". "Pues ya ni sé", me decía ella. Al final llegamos a la iglesia pero, por pura casualidad. Ese día no se me olvidará nunca. De tanta nieve...

La iglesia de Rachel era la única iglesia donde daban la misa en español. Pero como entre los españoles y los latinos no había manera de entendernos, hubo una división. Recuerdo que había dos padres españoles: el padre Blas y el padre Javier, y en ese tiempo, como era la única iglesia sólo íbamos todos allí. Pero los españoles empezaron a quejarse de los latinos porque a través del tiempo venían más y más y más. Creo que se quejaban porque ellos no quieren saber nada de Latinoamérica. Lo que yo he sentido es que los españoles se sienten superiores a nosotros; entonces el padre Javier decidió abrir una iglesia para nosotros. Él era español pero no podía soportar el conflicto que se estaba dando. Entonces pidieron una iglesia para Latinoamérica. Los españoles irían a la iglesia que se encuentra en la calle Belanger, cerca de Jean Talon mientras que los latinos tuvimos la nuestra en la calle Ontario y se llama Nuestra Señora de Guadalupe. Lo curioso es que ahora sí la gente se mezcla sin que haya problemas entre las comunidades. Ahora que hay dos iglesias.

En la iglesia Nuestra Señora de Guadalupe se hacen muchas festividades, por ejemplo, el día de su santo de la Virgen, van los Mariachis Figueroa, que son los que acudieron para la fiesta en La Congregación del Espíritu Santo, en Westmount. Se celebra el santo de todos los países latinos, el de México, el de Perú, el de El Salvador, el de Guatemala, etc. Y así todo el año son fiestas

diferentes.

A mí eso me recuerda a veces a mi pueblo, porque allá cada mes hacen un rosario, no fiesta como tal, pero un rosario de cada santo. Cuando era pequeña yo sabía que marzo era el mes de San José, mayo el de la Virgen María, junio de la Virgen del Carmen, y así todo el año. Aquí está pasando lo mismo en la iglesia de Nuestra Señora de Guadalupe, por la calle Ontario. Ahora el padre es un latino, es de Honduras, porque el que pidió esta iglesia era español pero ya se retiró.

Desde la época en que llegué, hace 31 años, ha habido muchos cambios en Montreal... Ni hace tanto frío como antes o, ¿será que me he acostumbrado? También puede llover como en nuestros países, con inundaciones y todo. Se oye hablar español no sólo en ciertos barrios sino por todas partes y en Verdun donde vivo acaban de abrir un restaurante mexicano adonde va mucha gente, latinos y quebequenses. Siento que la gente de aquí nos acepta más que antes porque aprendió a conocernos mejor y viaja mucho a nuestros países. Nuestras culturas se mezclan y a los de aquí los veo más alegres, sobre todo ahora que hay tantos festivales como el del jazz donde se invita a muchos músicos de nuestros países. Ver bailar a los quebequenses me da mucha alegría.